

Opiniones e ideologías en la prensa

Teun A. van Dijk

Voces y culturas, (10, II Semestre 1996), pp. 9-50.

Opiniones e ideologías en la prensa

Teun A. van Dijk

En general se espera que los artículos editoriales y de opinión publicados por la prensa expresen opiniones. Según la clase y la posición del periódico, estas opiniones pueden variar considerablemente en cuanto a sus resupuestos ideológicos. Esta formulación, bastante obvia, parece implicar también que las ideologías de los periodistas influyen de algún modo en sus opiniones, las cuales a su vez influyen en las estructuras discursivas de los artículos de opinión. En el marco de un proyecto de investigación más amplio sobre el discurso y la ideología, este trabajo estudia algunas de las propiedades teóricas de las complejas relaciones existentes entre la ideología, las opiniones y el discurso en los medios de comunicación. Para ello es necesario precisar con exactitud lo que aquí entendemos por «ideología», cuál es la naturaleza de la noción de *sentido común* de una «opinión» y mediante qué estructuras discursivas estas pueden expresarse.

En un primer nivel de análisis, las opiniones y las ideologías implican creencias o representaciones mentales. En consecuencia nuestro enfoque adquiere, en primer lugar, una perspectiva *cognitiva*. Por otra parte, las ideologías y las opiniones de los periódicos generalmente no son personales, sino *sociales, institucionales o políticas*. Esto requiere una explicación en términos de estructuras sociales o societales. De hecho, integramos ambos enfoques en una teoría *sociocognitiva* que trata de las representaciones socialmente compartidas y de su adquisición y empleo en

Ponencia presentada en la Mesa Redonda sobre «El discurso en los medios de comunicación», Cardiff, julio de 1995. (Esta segunda versión, fechada en junio de 1996, fue revisada por el autor para su inclusión en este número de *Voces y Culturas*).

Traducción: Eduardo Giordano. Revisión: Sheila Waldeck.

contextos sociales. Finalmente, dado que examinamos en particular expresiones textuales, a menudo sutiles, de opiniones fundadas ideológicamente, esta orientación sociocognitiva se inserta en un marco de análisis del discurso (véase van Dijk, 1995).

Este enfoque se distingue por su rechazo de la reducción teórica que virtualmente caracteriza a todos los enfoques previos y contemporáneos de la ideología. Como ocurre con el lenguaje y el conocimiento, también las ideologías son fenómenos sociales muy complejos, que requieren análisis conceptuales independientes y descripción empírica a varios niveles teóricos. Admitir que las ideologías son socialmente compartidas y utilizadas por los grupos y sus miembros no significa que estas no puedan ni deban describirse *también* en términos cognitivos. Una vez más, las ideologías son a este respecto como el conocimiento y el lenguaje natural (o más bien, como los sistemas de reglas gramaticales y discursivas subyacentes al uso del lenguaje). Por eso, nuestra distinción entre lo mental y lo social es una distinción teórica y analítica, efectuada para dar cuenta de las (relaciones entre) diferentes dimensiones de la ideología.

Así pues, de acuerdo con la ciencia cognitiva contemporánea, las creencias, y por lo tanto también los sistemas ideológicos de creencias, requieren ser explicados *también* — *aunque no exclusivamente*— en términos de representaciones mentales; y, finalmente (aunque no en este trabajo), en términos de estructuras neurobiológicas del cerebro. Esto de ningún modo implica una reducción a posiciones individualistas, dualistas o mentalistas. Por el contrario, lo que nos proponemos demostrar es precisamente cómo determinados elementos de la estructura societal (tales como los grupos, las instituciones, el poder o la desigualdad), al igual que las prácticas sociales cotidianas del discurso y otras formas de interacción entre personas como miembros de grupos, se vinculan de manera sistemática a las dimensiones socialmente construidas de la mente.

Creemos, entonces, que la mente es tanto un concepto de sentido común como un concepto teórico. No es menos (ni más) «real» o «material» que las igualmente inobservables estructuras sociales y prácticas sociales. Estas últimas existen «sólo en la mente» en igual medida que las ideologías y otras creencias sólo existen en la interacción o en el discurso. Los eslóganes vagamente social-constructivistas, así como los reduccionismos psicológicos, deberían abrir paso finalmente a detallados análisis teóricos capaces de traspasar las fronteras entre disciplinas. Desde nuestro punto de vista, sólo una teoría sociocognitiva integrada puede explicar en detalle cómo las ideologías sociales «controlan» las prácticas cotidianas de actores sociales tales como periodistas, y viceversa, cómo se conforman y cambian las ideologías a través de la interacción y el discurso cotidianos de los miembros de grupos en contextos sociales de relaciones de grupos e instituciones, tales como la prensa.

Extraemos nuestros ejemplos de artículos de opinión publicados en *The New York Times* y *The Washington Post*, los cuales pueden considerarse la expresión de una variedad de opiniones e ideologías más o menos liberales y más o menos conservadoras, dependiendo también de las cuestiones a tratar, mientras que al mismo tiempo exhiben fragmentos de una perspectiva ideológica global «norteamericana» sobre los acontecimientos noticiables y el mundo.

Ideologías

El concepto de 'ideología' es una de las nociones más equívocas de las ciencias sociales, pero en este trabajo no se pretende ni tan siquiera resumir el prolongado debate teórico que se ha dado en torno a esta noción (véanse, entre muchos otros libros: CCCS, 1978; Eagleton, 1991; Larrain, 1979; Thompson, 1984, 1990).

Antes bien, el objetivo de este trabajo es avanzar un paso más en el (lento) desarrollo de una nueva teoría de la ideología, con la finalidad de reformular las hasta ahora demasiado vagas nociones de ideología en la filosofía y las ciencias sociales. Esta nueva teoría tiene tres principales componentes:

A. Funciones sociales. Una teoría de las funciones de las ideologías respecto de los grupos o instituciones dentro de la estructura societal. Esta teoría responde, en primer lugar, a la sencilla pregunta: *¿por qué* la gente desarrolla y utiliza ideologías?

B. Estructuras cognitivas. En este marco, se desarrolla una teoría sobre la naturaleza mental y los componentes y estructuras internos de las ideologías, así como de sus relaciones con otras estructuras cognitivas o representaciones sociales, tales como los valores socialmente compartidos, las normas, actitudes, opiniones y el conocimiento, por una parte, y por otra los modelos personales y de contexto (experiencias, intenciones, planes, etcétera). Esta teoría responde a las preguntas: *¿cómo* son las ideologías? y *¿cómo* controlan las prácticas sociales?

C. Expresión y reproducción discursiva. Una teoría de los modos en que las ideologías se expresan mediante las estructuras del texto y el habla socialmente situados, y de las formas en que se adquieren y reproducen. Esta teoría es un caso especial de una teoría más amplia de las formas en que se expresan y reproducen en general las ideologías mediante prácticas sociales.

Funciones sociales

Dado que las funciones sociales de las ideologías ya han sido tratadas ampliamente en estudios clásicos, seremos muy breves a este respecto. No obstante, contrariamente al punto de vista convencional, no limitamos las ideologías a su papel en la reproducción y legitimación de la dominación de clase. En primer lugar, también los grupos dominados necesitan ideologías; por ejemplo, como base para la resistencia. Ello significa, en segundo lugar, que en general las ideologías no son ciertas o falsas, sino, ante todo, más o menos eficaces en la promoción de los intereses de un grupo. En tercer lugar, asumiremos por tanto que la principal función social de las ideologías es la *coordinación* de las prácticas sociales de los miembros de grupos con vistas a la realización efectiva de los objetivos y la protección de los intereses de un grupo social. Esto se aplica tanto a las prácticas sociales internas de los grupos como a la interacción con miembros de otros grupos. Dada esta función general de las ideologías, naturalmente es cierto que muchas ideologías se han desarrollado precisamente a fin de sustentar, legitimar o gestionar conflictos entre grupos, así como las relaciones de poder y de dominación.

Estructuras cognitivas

A fin de que las ideologías puedan sustentar tales funciones sociales de una manera eficaz, sus estructuras, estrategias y contenidos cognitivos deben construirse con arreglo a esas funciones sociales. En otras palabras, lo que *hacen* las personas como miembros de grupos debe reflejar lo que *piensan* como miembros de grupos, y viceversa; una relación ya estudiada en términos de 'cognición social' (Fiske y Taylor, 1991). Así pues, las prácticas sociales presuponen enormes cantidades de creencias o representaciones sociales específicas de grupos, y socioculturales, tales como el conocimiento, las actitudes, las normas, los valores y las ideologías. Nuestra teoría propone que las ideologías son la base 'axiomática' de las representaciones mentales compartidas por los miembros de un grupo social. Es decir, representan los principios básicos que gobiernan el juicio social, a saber, lo que los miembros del grupo consideran acertado o erróneo, verdadero o falso.

¿Cómo son las ideologías? A pesar de la extensa bibliografía existente sobre las ideologías, no lo sabemos. Pero podríamos especular sobre los contenidos típicos y en especial sobre la estructura de las ideologías. Por ejemplo, muchas ideologías de grupos incluyen la representación de Sí mismos y de los Otros, de Nosotros y Ellos. Por lo tanto, muchas ideologías parecen estar *polarizadas*: Nosotros somos Buenos y Ellos son Malos.

especialmente cuando existen intereses en conflicto.

Tales proposiciones elementales de autopresentación positiva y de presentación negativa de los otros pueden influir en la miríada de opiniones y actitudes que Nosotros tenemos respecto de Ellos en dominios sociales más específicos. Las ideologías racistas, caracterizadas por tales proposiciones axiomáticas, pueden coordinar así las actitudes colectivas de prejuicio social hacia las minorías o los inmigrantes, por ejemplo en cuestiones de inmigración, residencia, empleo o educación. En otras palabras, la principal función cognitiva de las ideologías es organizar actitudes específicas del grupo. Ello no implica que las ideologías —así como las actitudes basadas en ellas— sean consistentes; aunque en otro sentido bien puedan ser coherentes, por ejemplo en relación a los intereses básicos del grupo.

Más en general, proponemos que las ideologías reflejan los criterios básicos que constituyen la identidad social y que definen los intereses de un grupo. Es decir, las ideologías pueden representarse como autoesquemas de grupos, caracterizados por categorías tales como *Pertenencia* (¿Quién pertenece al grupo? ¿Quién puede ser admitido?), *Actividades* (¿Qué hacemos?), *Objetivos* (¿Por qué hacemos esto?), *Valores* (¿Cómo deberíamos hacer esto?), *Posición* (¿Adónde estamos situados? ¿Cuáles son nuestras relaciones con otros grupos?) y *Recursos* (¿Qué tenemos?, y ¿qué no tenemos?). Puesto que estos esquemas son ideológicos, la forma en que los grupos y sus miembros se representan a sí mismos y representan a los demás por supuesto puede estar 'sesgada', considerada desde el punto de vista de otros (incluido también el nuestro, como analistas).

Aplicadas a los periodistas como grupo, estas categorías ideológicas incluirán la información básica acerca de quién es reconocido como periodista (por ejemplo, mediante un diploma o licenciatura), cuál es el trabajo típico de los periodistas (por ejemplo, redactar noticias y editoriales), sus objetivos (por ejemplo, informar al público, servir como «perro guardián de la sociedad»), sus valores y normas (por ejemplo: verdad, credibilidad, imparcialidad), su posición con respecto a los lectores o autoridades y su recurso típico como grupo (información).

Las ideologías y otras representaciones sociales de la mente son 'sociales' porque son socialmente compartidas. Como ocurre en el caso de la gramática y de otras formas de conocimiento, tales representaciones compartidas deben ser vistas como generales y abstractas. Como criterio práctico, podríamos decir que todas las representaciones que en general se presuponen en el discurso y otras prácticas sociales son socialmente compartidas. Por supuesto, en el curso de la socialización individual, los miembros de un grupo pueden adquirir 'versiones' ligeramente variables de esas representaciones sociales. Algunos miembros de un grupo (por ejemplo, los 'ideólogos') pueden tener un sistema ideológico más preciso y completo que otros miembros (véase esta cuestión en Lau y Sears, 1986).

Esta es la primera fuente de variación individual en la activación de las prácticas sociales sustentadas ideológicamente, pero ello no significa (como a veces se argumenta) que por eso las ideologías no `existan', del mismo modo que las gramáticas, las reglas discursivas o el conocimiento sociocultural no dejan de existir porque algunos miembros del grupo tengan más conocimiento que otros. Es decir, como se sugirió previamente, el análisis de las ideologías debe hacerse al nivel abstracto de los grupos y no al nivel de la cognición individual. Además, dado que los individuos pueden pertenecer a varios grupos sociales, también pueden tener varias ideologías: cada una de ellas podrá influir de distintas maneras en sus prácticas sociales, según la situación. Ello también explica por qué los usos personales de las ideologías en situaciones concretas pueden ser variables y a menudo pueden parecer contradictorios.

Modelos

Las ideologías generales de los grupos y las actitudes específicas de grupo que estas organizan pueden expresarse directamente en el discurso, por ejemplo mediante la expresión de opiniones genéricas, tales como «las mujeres son menos competentes» en la ideología machista. Sin embargo, gran parte de los discursos de opinión, incluidos los que publica la prensa, son más específicos y no sólo expresan opiniones de grupo, sino también conocimientos y opiniones personales sobre hechos, situaciones y personas concretos (por ejemplo: «Estoy en contra de esa invasión»). Tales opiniones específicas y personales se derivan tanto de opiniones o actitudes socialmente compartidas como de las experiencias y valoraciones individuales, representadas en los llamados *modelos mentales*.

Los modelos son la interfase crucial entre lo social y lo personal, entre lo general y lo específico, y entre las representaciones sociales y su activación en el discurso y otras prácticas sociales. Esencialmente, los modelos representan las experiencias cotidianas de las personas, tales como la observación de acciones, hechos y discursos o su participación en ellos. A diferencia de las representaciones sociales, los modelos son personales, subjetivos y están limitados por el contexto: registran lo que saben y piensan los individuos acerca de hechos específicos, y dan cuenta de que esos acontecimientos y acciones se interpretan de manera subjetiva. Así pues, los modelos explican por qué las interpretaciones del discurso son constructivas.

La gente continuamente `modeliza' los hechos que constituyen sus vivencias cotidianas, incluidos los actos comunicativos en los que interviene y los acontecimientos noticiables que lee en los periódicos. En consecuencia, el recuerdo, la narración y la editorialización implican la activación de

antiguos modelos, mientras que las intenciones, planes, amenazas y anuncios implican modelos que abarcan acciones y hechos futuros. En suma, todas nuestras prácticas sociales están controladas (pensadas, entendidas) en términos de modelos mentales.

Adviértase que si bien el conjunto de modelos de un individuo es único, personal y está limitado por el contexto, una gran parte del mismo es naturalmente social, en el sentido de que el conocimiento y las opiniones que encarna no son más que instancias personales del conocimiento sociocultural y las opiniones del grupo. En otras palabras, los modelos son sin duda la interfase entre las representaciones sociales por una parte, incluidas las ideologías, y por otra las prácticas sociales y los discursos.

De los modelos al discurso

Tenemos ahora el vital eslabón perdido entre la ideología y el discurso: las ideologías organizan actitudes específicas de los grupos, estas actitudes pueden intervenir en la formación de opiniones personales representadas en modelos y, finalmente, esas opiniones personales pueden expresarse en el texto y la conversación. Esta es la forma más habitual, indirecta, de la expresión ideológica en el discurso. Previamente hemos visto, no obstante, que en algunas formas de discurso las ideologías también pueden expresarse directamente, es decir, en aserciones generales.

Dado que los modelos representan lo que la gente sabe y piensa sobre un hecho o situación, estos controlan esencialmente el «contenido», la semántica del discurso. Sin embargo, como la gente sabe y piensa mucho más de lo que habitualmente necesita decir por razones pragmáticas, en general sólo una fracción de la información contenida en un modelo será expresada en texto y habla. Naturalmente, esto también ocurre con las opiniones: la gente no siempre considera necesario, o apropiado, decir y escribir lo que piensa. En muchos aspectos, pues, un texto es solamente la punta del iceberg de lo que subyace representado mentalmente a través de modelos. Y a la inversa, debido a la construcción de un modelo y a la aplicación de conocimientos y actitudes en esta construcción, normalmente entendemos mucho más de un texto de lo que en principio este expresa.

Ya hemos anticipado que las personas no sólo se forman modelos sobre los hechos de los que tienen conocimiento (a través de experiencias personales o de la comunicación), sino también modelos específicos de los actos comunicativos en los que participan. Estos, denominados modelos de contexto, típicamente presentarán la definición global de la situación (por ejemplo, una conferencia, una charla con un amigo o la lectura de un diario), así como creencias subjetivas sobre los distintos papeles de los participantes, sobre los objetivos y las metas globales, el entorno, etcétera.

Los modelos de contexto son cruciales para la producción y la comprensión del discurso. Mientras que los modelos de hechos representan *qué* se comunica, los modelos de contexto regulan en gran medida *cómo* se establece la comunicación, es decir, los aspectos fonológico, sintáctico, léxico y otras variaciones formales del texto y el habla. Como los modelos de hechos, naturalmente estos modelos de contexto también pueden presentar opiniones, tales como creencias valorativas acerca de otros participantes en la comunicación, de los papeles que desempeñan, su credibilidad, etcétera. Así, en general la lectura de editoriales no sólo implica la formación de opiniones sobre lo que se dice, sino también sobre el autor o el periódico.

Nuevamente convendría destacar que el marco sociocognitivo que aquí exponemos no implica ninguna primacía de la dimensión cognitiva o de la dimensión social del discurso o la ideología. Antes bien, el objetivo es mostrar las estrechas relaciones que existen entre mente y sociedad. No obstante, este marco sí implica que no existe, ni teórica ni empíricamente, ninguna forma de relacionar directamente a las estructuras sociales con las estructuras discursivas. Esto sólo es posible a través de los actores sociales y de sus mentes, es decir, mediante las interpretaciones o construcciones mentales de las estructuras sociales y situacionales efectuadas por los miembros del grupo. Desde nuestro punto de vista, toda exposición que ignore el análisis cognitivo de los procesos implicados en el desarrollo y los usos de la ideología será una simplificación o reducción. En realidad, si las estructuras sociales (como las de dominación) pudieran influir directamente en (*¿causar?*) las prácticas sociales y los discursos, en primer lugar no se necesitaría ninguna ideología u otras representaciones socialmente compartidas del intelecto (como el conocimiento). Y si se ignorasen las experiencias e interpretaciones individuales (representadas en modelos), ello implicaría que todos los actores sociales de un grupo harían y dirían siempre lo mismo.

De igual forma, en relación a los enfoques tradicionales sobre la ideología, sostenemos que estos ni siquiera han empezado a profundizar en cuestiones elementales, tales como: *¿qué son exactamente las ideologías?, ¿cómo se organizan? y ¿cómo «controlan» (algunos aspectos de) las prácticas sociales y el discurso?* Puede aceptarse con facilidad que las ideologías están vinculadas a los conflictos de grupos, el poder, la dominación y la identidad de los grupos, entre otros aspectos, y que se desarrollan con la finalidad de ser capaces de activar, sustentar y reproducir tales relaciones (por ejemplo, a través de una «falsa conciencia» o del consenso). Pero esa caracterización de funciones generales no nos brinda hasta aquí una teoría detallada de las estructuras ideológicas y de sus relaciones con el discurso y otras prácticas de los actores sociales. En realidad, en lugar de esa vaga noción de «falsa conciencia», tanto la psicología contemporánea como también las ciencias sociales ofrecen una forma muchísimo más

sofisticada de referirse a la mente y sus relaciones con la sociedad.

Opiniones

Antes de analizar detalladamente las expresiones discursivas de opiniones en editoriales, consideraremos brevemente la casi siempre imprecisa noción de «opinión» en sí misma. Previamente hemos definido las opiniones como «creencias valorativas», es decir, como creencias que presentan un concepto de valor. En muchos casos, esto no ofrece problema alguno. Cualquier creencia que presuponga un valor e implique un juicio acerca de alguien o de algo —por ejemplo: «X es bueno (malo, bello, feo, honesto, inteligente)»— será valorativa según los valores de un grupo o cultura. Algunos juicios son valorativos sólo indirectamente o en situaciones específicas; por ejemplo, cuando se cree que alguien o algo es pequeño o grande, ligero o pesado, y cuando esa creencia objetiva presupone en sí misma un juicio de valor (por ejemplo, «ser un pequeño X es malo»).

Lo mismo es cierto respecto de las categorizaciones, por ejemplo, cuando se cree que alguien es un ladrón o un terrorista. Estas pueden ser creencias objetivas si pueden especificarse unos criterios generales socialmente aceptados para tales categorizaciones, como por ejemplo, el juicio de un tribunal. Por otra parte, si los criterios objetivos son menos importantes, y el concepto se utiliza sólo o principalmente para realizar un juicio de valor (alguien es malo), estamos ante una opinión. Obviamente, como ocurre con todos los valores y juicios, estos pueden variar cultural y socialmente. Y siempre que impliquen a grupos e intereses de grupos en conflicto, tales opiniones se considerarán ideológicas.

Esta exposición muy simplificada sólo tiene implicaciones prácticas para el análisis del discurso. Oculta problemas fundamentales de cognición y filosofía, como las bases del conocimiento y de las creencias, de las valoraciones y los juicios (Lehrer, 1990; Kornblith, 1994). En la psicología social de las opiniones y las actitudes generalmente se ignoran estas cuestiones (Eagly y Chaiken, 1993).

En nuestro análisis de la ideología adquiere ahora una importancia especial el criterio de verdad y falsedad. Así pues, si definimos a las opiniones como creencias valorativas y las oponemos a las creencias objetivas, como lo hemos hecho, apenas estaremos rozando la cuestión si no distinguimos claramente entre creencias valorativas y creencias objetivas. Ambas implican un juicio, pero si decimos que este juicio presupone valores en las opiniones, y criterios de verdad en las creencias objetivas, será preciso ofrecer una explicación más completa.

En efecto, rescatando un destacado ejemplo contemporáneo, la creencia de que «fumar es malo para la salud» ¿es una opinión o una creencia

objetiva? Aquí se presenta un concepto típicamente evaluador («malo») y como tal parece ser una opinión, en este caso sobre el hecho de fumar o los fumadores. Por otro lado, si esta se basa en las conclusiones de una investigación científica, entonces la creencia puede considerarse objetiva.

En otras palabras, todo depende de las bases o criterios de juicio. Si estos fundamentos son tan sólo una norma o un valor cultural o de grupo («es malo dañar nuestra salud fumando»), entonces la creencia es una opinión. Sin embargo, si los fundamentos son un criterio de verdad socialmente compartido (por ejemplo, la observación, la comunicación fiable, la inferencia válida, la investigación académica, etcétera), u otro conocimiento basado en tales criterios, entonces la creencia es objetiva (verdadera o falsa). Ambos tipos de juicio son relativos, tanto social como histórica y culturalmente. El criterio de verdad puede variar en diferentes períodos y para distintos grupos. Pero para que las creencias sean objetivas (verdaderas o falsas) sólo es preciso que, dentro de cada cultura o grupo, se apliquen los criterios aceptados de conocimiento. Y cuando estos se inclinan especialmente a favor de un grupo en particular, todo el sistema de conocimiento y los criterios de verdad pueden estar basados ideológicamente.

Adviértase que aquí no empleamos el concepto de «opinión» para referirnos a las falsas creencias, como a veces se hace en el uso cotidiano del lenguaje. Las falsas creencias son también objetivas si en principio pueden ser evaluadas en relación a un sistema de criterios de verdad. A la inversa, con frecuencia se dice que las opiniones y las ideologías representan la «verdad» para personas o grupos específicos, pero eso no las hace objetivas en nuestro sentido del término: en la medida en que implican normas y valores, son valorativas y no objetivas.

Aquí no se desarrollan muchas otras nociones importantes que suelen emplearse en la distinción entre conocimiento y opiniones, tales como las nociones de subjetividad y objetividad, o de consenso. Tampoco se propondrá aquí una definición en términos más discursivos del conocimiento y las creencias: aunque las opiniones son por lo general objeto de desacuerdo, y se debaten con estructuras argumentativas específicas, también puede ocurrir lo mismo con las creencias objetivas. Es decir, la aserción defendida en un argumento puede ser tanto objetiva como valorativa. Tampoco aceptamos la reducción a la dimensión discursiva de las opiniones y el conocimiento; en nuestra opinión, como en la de muchos psicólogos, son representaciones mentales y no estructuras discursivas. Es decir, las personas «tienen» y comparten opiniones, tanto si las expresan en el discurso como si no, y en ambos casos, dentro de contextos específicos y a través de los mismos. Es obvio que las creencias son socialmente adquiridas, construidas, transformadas y utilizadas (también) mediante el discurso, pero eso no las convierte en discursivas en el sentido habitual de «ser una propiedad del discurso».

Estructuras discursivas

Después de este breve resumen de nuestra teoría acerca de la ideología y la opinión, debemos analizar ahora con algún detalle cómo se expresan estas en el texto y el habla en general y, más en particular, en los artículos de opinión de la prensa. Un enfoque de análisis del discurso aplicado a esta cuestión requiere el estudio característico de los distintos niveles y dimensiones del discurso.

Elementos léxicos

El análisis de los *elementos léxicos* tradicionalmente se conoce más en relación a los estudios de ideología y lenguaje, por ejemplo en palabras tales como «democrático», «terrorista» o «racista». Es decir, pueden elegirse palabras que en general, o en un determinado contexto, expresan valores o normas, y que por lo tanto se utilizan para expresar un juicio de valor. Pero aunque hay muchos predicados que se utilizan normalmente para expresar una opinión (tales como «bello», «sucio», etcétera), otros pueden emplearse tanto objetiva como valorativa mente (por ejemplo, «contaminado», «democrático», «inteligente»), dependiendo, como antes indicamos, de que su empleo presuponga, o no, un sistema de conocimiento o de valores.

Sin embargo, partiendo de un enfoque de análisis del discurso, queremos ir más allá de este análisis obvio de los elementos léxicos. Las opiniones pueden expresarse en el texto y el habla de muchas otras formas, mucho más complejas, como por ejemplo en los titulares, las estructuras narrativas, las argumentaciones, la presentación gráfica, las estructuras sintácticas, las estructuras semánticas de coherencia, el conjunto de temas, etcétera.

Analizaremos ahora una parte de estas cuestiones más detenidamente, centrando para ello nuestra atención en las distintas estructuras semánticas del discurso, puesto que estas conforman el «contenido» medular de la expresión de opiniones ideológicas (van Dijk, 1995; sobre las nociones semánticas aquí empleadas, véase van Dijk, 1985). Como convención, nos referiremos a los significados, conceptos y proposiciones (y por tanto a las opiniones) utilizando comillas simples, y a las palabras, oraciones y otras expresiones reales de tales significados con comillas dobles, o con palabras escritas en cursiva.

Proposiciones

En general los conceptos y sus expresiones en elementos léxicos no

aparecen solos, sino combinados en proposiciones expresadas mediante cláusulas y oraciones. Así, la aparición de palabras que parecen implicar opiniones (como por ejemplo «terrorista») no significa mucho si no sabemos el significado de las oraciones en las cuales estas aparecen (y, por supuesto, del conjunto del texto y el contexto, como veremos más adelante). Por ejemplo, hay una diferencia considerable entre la proposición: 'El es un terrorista', y su negación: 'Él no es un terrorista', aun cuando ambas contengan el concepto de 'terrorista' y aunque ambas puedan tomarse como expresión de opiniones.

Las proposiciones suelen analizarse en términos de un predicado principal (normalmente interpretado como una propiedad, un hecho o una acción) y cierto número de argumentos con diferentes funciones semánticas, tales como Agente, Paciente, etcétera; como por ejemplo en la proposición 'asesinados (Agente: terroristas, Paciente: rehenes)'. Además, esta proposición puede estar modificada por modalidades, tales como: 'Era necesario (posible, improbable, etcétera)'.

Cada categoría de una proposición puede ser modificada nuevamente por otro predicado, como por ejemplo 'desesperados (terroristas)' y 'aterrorizados (rehenes)'. Como hemos visto previamente, cada uno de estos conceptos puede caracterizar opiniones implicadas. Así pues, la elección de 'desesperado' en lugar de 'despiadado' como un modificador de 'terrorista' implica otra opinión, menos negativa, que sugiere que el terrorista no tenía otra opción más que matar a los rehenes. Esta implicación también puede ser inferida de la elección de modalidades tales como: 'Estaban obligados a...'. Con bastante frecuencia observamos este uso de modalidades de necesidad en estrategias que limitan las acciones negativas de las autoridades, o de Nosotros-grupo, como en la oración: 'La policía tuvo que actuar con dureza contra los manifestantes' (ver ejemplos de informaciones periodísticas referidas a acciones policiales en van Dijk, 1988b).

Con todo, es interesante notar que las opiniones pueden expresarse no sólo a través de los conceptos contenidos en la proposición, sino también por la misma estructura de la proposición. Si las acciones negativas se atribuyen a personas que aparecen en el papel de Agente, entonces estas se consideran (más) responsables de esas acciones que si aparecen desempeñando otros papeles. Además, la *estructura sintáctica* de la frase que expresa tales proposiciones puede variar de modo que la agencia de una persona o grupo en particular pierda énfasis, como ocurre con las construcciones en pasiva (por ejemplo: «Algunos manifestantes resultaron muertos por la policía», o: «Manifestantes (fueron) muertos»). De este modo, NUESTRA gente tiende primariamente a aparecer como actora cuando las acciones son buenas, y SU gente aparece como actora cuando las acciones son malas; y viceversa, SU gente aparecerá menos que NUESTRA gente como actora de buenas acciones (para análisis más detallados de estas

estrategias, véanse, por ejemplo: Fowler, 1991; Trew, 1979; van Dijk, 1991).

Encontramos aquí una primera estrategia general para la expresión de actitudes e ideologías compartidas, basadas en el grupo, a través de modelos mentales. Esta estrategia de polarización, de descripción positiva del propio grupo y descripción negativa del grupo ajeno, presenta la siguiente estructura valorativa abstracta, a la cual podríamos denominar 'cuadrado ideológico':

1. Resaltar nuestras buenas propiedades/acciones
2. Resaltar sus malas propiedades/acciones
3. Mitigar nuestras malas propiedades/acciones
4. Mitigar sus buenas propiedades/acciones

Estos mecanismos funcionales del conjunto de la estrategia ideológica del interés propio, que aparece en la mayoría de los conflictos y actos sociales (por ejemplo, en el discurso racista, sexista, etcétera), pueden expresarse mediante la elección de elementos léxicos que implican valoraciones positivas o negativas, además de la estructura del conjunto de proposiciones y sus categorías (activas/pasivas, etcétera). Aquí 'nuestro' puede referirse al propio grupo o a sus amigos y aliados, y 'sus' al grupo ajeno y sus amigos o aliados (con referencia a los estudios socio-psicológicos de estos principios, por ejemplo sobre atribución, véase Fiske y Taylor, 1991; sobre la dimensión de control de las impresiones, véase Tedeschi, 1981).

Implicaciones

Las opiniones no siempre necesitan ser expresadas explícitamente en una proposición, sino que pueden estar implicadas. Teóricamente, esto significa que, dada una proposición P (expresada), es posible inferir de la misma una o más proposiciones Q1, Q2..., sobre la base de un modelo de hechos o un modelo de contexto, los cuales pueden presuponer en sí mismos actitudes o conocimientos instanciados. De este modo, en un editorial sobre la expulsión de 400 miembros de Hamas (un movimiento islámico palestino), *The New York Times* concluye como sigue:

(1) «Cualesquiera que sean los agravios atribuibles a Israel, es una burla a la realidad por parte de los árabes el pretender que la expulsión pueda compararse con los crímenes de Sadam Hussein contra Kuwait o con la complicidad de Libia con el terrorismo de Estado. Por supuesto se debe asegurar que Israel cumpla la carta de la Convención de Ginebra. Pero no hay que exagerar la escala y la naturaleza de la infracción.» (*The New York Times*, Editorial del 29-1-1993).

Las primeras oraciones implican la opinión de que los árabes están exagerando, mientras que la última frase implica que la `infracción' de los israelíes es de hecho menor, lo cual es también una opinión. Incluso la elección del propio concepto de infracción' es por sí misma una forma de mitigación. Puesto que los israelíes están de NUESTRO lado, mientras que Sadam Hussein y Libia son típicamente enemigos, y por lo tanto son ELLOS, también vemos cómo se expresa el esquema ideológico básico que explica esta operación de mitigación, así como las proposiciones implicadas (más adelante, en nuestro análisis detallado de un ejemplo de artículo de opinión, veremos cómo Sadam Hussein también puede ser utilizado por NOSOTROS para caracterizar a otros enemigos).

Presuposiciones

Las proposiciones pueden estar implicadas, ya que se exponen para ser sabidas (ciertas), o presupuestas, según un modelo previo de un hecho. Estas pueden utilizarse estratégicamente, para introducir de manera indirecta en un texto proposiciones que pueden no ser ciertas en absoluto. Este también es el caso de las presuposiciones que incorporan opiniones. Así pues, en el ejemplo previo se suponía que en realidad los `árabes' *sí* exageraban la escala y naturaleza de la infracción', lo cual en sí mismo es una opinión partidista sobre la reacción de los árabes. Previamente, en el mismo editorial, leemos el siguiente pasaje:

(2) «Los defensores de Israel sostienen con toda justicia que el mundo se ocupa demasiado poco de los crímenes terroristas cometidos por extremistas islámicos, y de su determinación fanática de bloquear todo acuerdo de compromiso entre israelíes y árabes.»
(*The New York Times*, Editorial del 29-1-1993).

Puesto que *The New York Times* proclama que el argumento de Israel es válido, también se adhiere a las presuposiciones de ese argumento, a saber, que los «extremistas islámicos» cometieron crímenes terroristas y que bloquean cualquier acuerdo de compromiso. La misma fraseología de esa presuposición, que no es atribuida (mediante entrecorchetes) a Israel, es del propio *The New York Times*, y por tanto también lo son las opiniones implicadas en el uso de los elementos léxicos «crímenes terroristas», «extremistas» y «determinación fanática». No se utiliza ninguna de tales palabras para describir la expulsión de 400 palestinos por parte de Israel. Por el contrario, el artículo exige explícitamente que esta `infracción' no se exagere. Previamente, el artículo la describe como un «patinazo», y no como un «crimen terrorista» del Estado de Israel, como probablemente habrían dicho los palestinos. Aquí vemos otra vez cómo las opiniones sobre

los amigos y los enemigos son opiniones descritas, implicadas y presupuestas con arreglo al cuadrado ideológico antes propuesto.

Descripciones

Desplazándonos ahora al nivel propiamente discursivo de las *secuencias* de proposiciones, constatamos que los acontecimientos pueden describirse en varios planos de generalidad o especificidad, y con pocas o muchas proposiciones para cada plano (van Dijk, 1977). Si aplicamos el cuadrado ideológico a este fenómeno, podemos esperar que Nuestras buenas acciones y Sus malas acciones tiendan en general a presentarse en el plano más bajo y específico, con muchas proposiciones (minuciosas). Ocurrirá lo contrario con Nuestras malas acciones y Sus acciones buenas, las cuales, si de algún modo se describen, serán descritas en ambos casos en términos más bien generales, abstractos y por lo tanto 'distanciados', sin dar muchos detalles.

Así, retomando el ejemplo del *The New York Times* ya referido, la expulsión de los miembros de Hamas se resume valorativamente con el predicado 'patinazo', y también como 'violando la Convención de Ginebra'. Posteriormente, estos palestinos son descritos como «apiñados en tiendas en una glacial tierra de nadie del Líbano», lo cual podría leerse como si implicase algo negativo para los israelíes. No obstante, esta es la única forma negativa en que se describe a las políticas israelíes en este artículo, mientras que las de los «terroristas» palestinos y de los estados «árabes» se describen con mucho mayor detalle, como hemos visto antes en la descripción de los «crímenes terroristas» y la «determinación fanática», así como puede verse en el siguiente pasaje:

(3) «Pero se exageraría la gravedad del patinazo, y peligrarían las conversaciones de paz en Oriente Medio si los estados árabes presionasen para conseguir la imposición de sanciones de las Naciones Unidas antes de que la delegación del presidente Clinton haya tenido tiempo de instalarse. (...) (Palestinos apiñados en tiendas...). Eso les conviene a la perfección a los militantes islámicos expulsados, ya que su difícil situación en efecto ha atascado las conversaciones de paz, a las cuales se oponen enérgicamente.» (*The New York Times*, Editorial del 29-1-1993).

Así pues, se describe a los palestinos como si estuvieran «enérgicamente» empeñados en bloquear las conversaciones, y se los acusa de estar «fanáticamente determinados» a hacerlo. Otro tanto ocurre en otras partes del texto: las reacciones negativas de los árabes se explican con detalle y se enfatizan, mientras que las acciones negativas de Israel reciben escasa atención, son mitigadas o aparecen estructuralmente subordinadas.

En el plano metodológico, los ejemplos particulares como estos no prueban mucho. Sería preciso demostrar, también cuantitativamente, que la estrategia es en realidad aplicable en términos generales. El ejemplo dado es meramente ilustrativo de la *clase* de operación efectuada: lo que queremos saber es *cómo* pueden expresarse en el discurso las opiniones y actitudes. Otro trabajo podrá investigar con cuánta *frecuencia* esto sucede, y si la hipótesis empírica (acerca de las descripciones diferenciales de grupos propios y de grupos ajenos) puede sostenerse en comparaciones cuantitativas.

Coherencia local

Una de las condiciones semánticas cruciales de la textualidad es la coherencia, es decir, la propiedad de las oraciones (o proposiciones) subsiguientes del texto y el habla que define por qué estas `van juntas' o forman una `unidad', en lugar de constituir simplemente una secuencia arbitraria de oraciones. Tanto en los estudios formales del discurso como en nuestro enfoque sociocognitivo, la coherencia se define en relación a modelos. Podemos decir, en términos generales, que una secuencia de oraciones es coherente si es posible construir para ella un modelo. Esto puede implicar relaciones causales o condicionales entre los hechos representados por el modelo. En otras palabras, la coherencia es relativa y referencial, es decir, se define como relativa a las relaciones entre los hechos de un modelo a los cuales se refiere, o de los que se habla.

Si la coherencia se basa en modelos, y los modelos pueden expresar opiniones, las cuales a su vez pueden ser ideológicas, deberíamos suponer que las opiniones e ideologías también pueden incidir en la coherencia. Si los directivos holandeses creen, como ocurre en muchos casos, que los obreros inmigrantes no trabajan lo suficiente, o que tienen un conocimiento insuficiente del idioma, o escasa educación, todas estas son opiniones; pero puesto que se consideran `ciertas', pueden funcionar como la parte causal de explicaciones que sirven para dar coherencia a los textos de los empleadores (al menos desde su perspectiva ideológica). Otros podrían preferir la atribución del alto desempleo de las minorías a la discriminación de los empleadores, antes que culpar a las víctimas, y la `coherencia ideológica' de su discurso explicativo sería por lo tanto bastante diferente (para análisis detallados de tales prejuicios en el habla de los gestores patronales, véase van Dijk, 1993).

Además de esta forma de coherencia referencial o extensional, las secuencias de proposiciones también pueden estar relacionadas mediante relaciones intensionales o funcionales: una proposición puede actuar como Generalización, Especificación, Contraste o Ejemplo de otra proposición,

puesto que aquí parece que intervienen significados más que modelos, es difícil entender cómo tales relaciones pueden estar controladas ideológicamente por opiniones. Sin embargo, el uso de tales relaciones funcionales puede tener funciones estratégicas, argumentativas o retóricas. Así pues, una cosa es que un editorial describa un 'disturbio' en términos de 'violencia' negra, pero otra muy distinta es añadir la Generalización de que este 'siempre pasa lo mismo', como también sucede en muchas anécdotas conversacionales negativas respecto de las minorías (van Dijk, 1987a). De un modo similar, en el mismo relato, el hablante puede acentuar, específicamente, que *nosotros* tenemos que esperar años para conseguir una vivienda, pero que *ellos* consiguen una vivienda nueva inmediatamente. El hablante puede formular así una aserción general, por ejemplo sobre la falta de adaptación cultural de los inmigrantes, y añadir luego un ejemplo (que puede convertirse en una historia completa). En suma, también las mismas relaciones intensionales pueden reflejar las relaciones conflictivas entre los grupos, las operaciones cognitivas de generalización y especificación, de comparación y contraste, etcétera, todo lo cual, obviamente, puede estar imbuido de opiniones ideológicas, como es también el caso en el siguiente ejemplo sobre el mismo caso analizado previamente, a saber, las consecuencias políticas de la expulsión de Israel de 400 miembros de Hamas:

(4) «El mayor desafío es ahora restablecer las conversaciones de paz atascadas. Para conseguirlo, la Administración necesitará ayuda de los árabes. Ahora que Israel ha transigido en una cuestión de principio, ¿tienen los líderes árabes voluntad de hacer lo mismo?» (Editorial, *The New York Times*, 3-2-1993).

La oposición y comparación entre israelíes y árabes se vuelve particularmente clara en la última frase, que está basada en un contraste entre la acción 'positiva' de Israel (que permitió el regreso de 100 de los 394 palestinos expulsados), y el escepticismo acerca de cualquier acción positiva de los líderes árabes. En ambos casos, entran en juego opiniones, y el oponer a las dos partes, como en este ejemplo, es un nuevo paso en la estrategia más amplia de auto-presentación positiva y presentación negativa del otro (en efecto, esta es la siguiente oración: «Como era predecible, la OLP se ha apresurado a decir que no.»).

Coherencia global y temas

La coherencia local entre proposiciones de texto y habla es una condición necesaria, pero no suficiente, de la coherencia discursiva. También actúa otro principio unificador: el de coherencia general o global, definida por los 'temas' de los párrafos, de las grandes extensiones de texto

o de los discursos enteros. Tales temas pueden describirse formalmente como macroestructuras semánticas, derivadas de microestructuras locales a través de reglas de *mapping* específicas. En el proceso del discurso real, estas reglas adquieren la forma de eficientes (aunque falibles) macroestrategias para la construcción o realización local de los temas (van Dijk y Kintsch, 1983).

Dado que las proposiciones pueden ser proposiciones-creencia, también las macroproposiciones pueden representar opiniones, como es el caso característico de los artículos editoriales. Un editorial expresa tanto opiniones locales como globales, respectivamente, como en general queda bien reflejado en los sumarios de sus contenidos. El mismo editorial del *The New York Times* del cual hemos analizado un fragmento, aparece resumido así en la base de datos Lexus, de donde lo hemos tomado:

(5) «Un editorial felicita al presidente Clinton por su primer éxito en política exterior en Oriente Medio, por haber obtenido concesiones de Israel para resolver la deportación de 400 palestinos; concluye que los países árabes pueden promover mejor la nueva seriedad respecto de las leyes internacionales volviendo a las conversaciones de paz.» (Editorial, *The New York Times*, 3-2-1993).

Así pues, el acto de habla de felicitación presupone primero que Clinton hizo algo bueno (una opinión), y (el resumen de) la recomendación del final también implica una opinión sobre lo que deberían hacer los árabes. Así, más en general, podemos pensar que los editoriales siempre expresan, presuponen o insinúan opiniones también a nivel global, a un macronivel.

El mismo ejemplo nos permite concluir que tales opiniones reflejan posiciones partidistas e ideológicas. Que Clinton sea felicitado por `extraer una concesión de Israel, en lugar de ser culpado de ser incapaz de forzar a los israelíes a cumplir con la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU (que ordenaba el regreso de *todos* aquellos que hubieran sido expulsados ilegalmente), por supuesto sugiere de qué lado del conflicto de Oriente Medio se sitúan los editores del *The New York Times*—a pesar de su crítica a Israel, que es también clara en este editorial. En efecto, una opinión localmente crítica sobre Israel no es lo mismo que si la opinión global sobre Israel fuera negativa. Por el contrario, las opiniones negativas sobre Israel suelen expresarse en un nivel inferior, en oraciones subordinadas.

Desplazamientos semánticos

Las estrategias ideológicas globales de auto-presentación positiva y presentación negativa del otro también pueden implementarse al nivel local de las oraciones y secuencias de oraciones. De este modo, en una cláusula

se puede expresar una proposición que ejecuta una estrategia, y en la siguiente cláusula una proposición que ejecuta la otra estrategia. Este es el caso característico de los desplazamientos semánticos locales llamados paralipsis (o preterición): «No tengo nada contra los negros, pero...». En esta denominada Negación Aparente, la primera cláusula pone el acento en la tolerancia del hablante, mientras que el resto de la frase (y, con frecuencia, también el resto del texto) que sucede ai *pero* puede ser muy negativo. De igual modo, en el mismo paradigma racista podemos encontrar una Concesión Aparente («También hay estudiantes negros inteligentes, pero...»), o Empatía Aparente («Claro que los refugiados tienen problemas, pero...»), y así sucesivamente.

Las estrategias en las que se basan estos desplazamientos semánticos locales se escogen cuidadosamente para manipular las opiniones e impresiones, es decir, aquello que nuestros interlocutores pensarán de nosotros. Así, para evitar la impresión negativa de ser un intolerante, un fanático ignorante, las paralipsis se utilizan como prólogo estratégico de la parte negativa del texto. Esto no significa que tales desplazamientos sean meramente retóricos. Por supuesto, los hablantes muy bien pueden estar convencidos, sobre la base de otras ideologías (humanitarias), de que uno no *debería* tener nada contra los negros (Billig, 1988).

Al final del ejemplo (1) observamos dos Concesiones Aparentes, en las cuales se admite la 'infracción' de Israel y sus obligaciones (en cláusulas iniciales pero subordinadas), pero el principal centro de atención se sitúa en las ridículas pretensiones de los árabes (de comparar a Israel con Sadam Hussein). Por supuesto, tales desplazamientos también pueden aplicarse a otras partes del texto, como por ejemplo, cuando *The New York Times* critica así al primer ministro Isaac Rabin:

(6) Cualquiera que sea el costo político interno para el señor Rabin, la magnanimidad contribuiría mejor a los intereses más amplios de Israel (*The New York Times*, Editorial, 29-1-1993).

Así, en la concesión se admite la existencia de oposición interna contra el levantamiento de las expulsiones, pero la principal fuerza del argumento radica en que *The New York Times* piensa que esto es lo mejor para Israel. A propósito, adviértase también el estilo de la recomendación, a saber, la elección del término muy positivo 'magnanimidad', el cual difícilmente parece compatible con retirar la orden de expulsión de 400 ciudadanos y obedecer las resoluciones de la ONU. ¿Describiría *The New York Times* como 'magnánimo' a un terrorista que liberase a algunos de los secuestrados? Hay aquí también una actitud crítica: con los amigos puede usar guantes de seda, y en la práctica expresa opiniones basadas en la ideología. Este es un típico ejemplo de enfatización de Nuestras buenas acciones.

Integración?

Tras haber visto el trazado (*mapping*) de las opiniones en diversas estructuras semánticas, podríamos preguntarnos si debemos derivar de nuestro análisis algunos principios generales. ¿Existe alguna 'lógica' en el modo en que tienden a manifestarse las valoraciones ideológicas (u otras) en el significado del discurso?

Para responder a esta pregunta, retomaremos brevemente nuestro itinerario teórico que nos trajo desde las ideologías hasta los discursos: los significados de los discursos se derivan de modelos mentales de hechos, controlados por modelos de contexto. Estos modelos tanto pueden encarnar opiniones personales como sociales, instanciadas en hechos o en cualesquiera de sus aspectos destacados (los participantes, sus propiedades y acciones, etcétera). Las opiniones sociales 'aplicadas' a un hecho y un contexto específicos pueden organizarse en forma de actitudes, las cuales a su vez pueden estar basadas en ideologías compartidas por grupos. Estas ideologías son representaciones mentales cuyas categorías se codifican esquemáticamente para las principales dimensiones sociales de los grupos (identidad, actividades, objetivos, posición, valor, recursos), y comprenden selecciones de valores basadas en intereses que subyacen a las valoraciones y prácticas sociales de los miembros del grupo.

Así pues, pese a la variación personal y contextual, las opiniones sobre hechos presumiblemente expresan esquemas ideológicos subyacentes que también controlan las prácticas sociales, y por lo tanto el discurso, de manera estratégica y en interés propio. Especialmente en el discurso público e institucional, que en general se hace en interés de un grupo cuando la información se selecciona a partir de un modelo y se enfatiza en un discurso positivo respecto al grupo del hablante, y negativo en relación a los adversarios o los Otros. Esto mismo ocurre en sentido inverso: no será en nuestro mejor interés seleccionar y resaltar información que pueda ser negativa para/sobre nosotros, o positiva para/sobre los otros. Esto es precisamente lo que sugiere el uso del cuadrado ideológico antes mencionado como una estrategia global para trazar un mapa de modelos en el texto y el habla.

¿Cómo influye en la semántica del discurso esta estrategia global? ¿Qué estrategias semánticas supone a todos los niveles de significado del discurso? Podemos intentar una respuesta a esta pregunta distinguiendo varias dimensiones de desplazamientos que traducen las estrategias ideológicas globales en estructuras semánticas:

Volumen. Los modelos son en general mucho más detallados que los textos que los expresan. En general sabemos más de lo que decimos sobre cualquier asunto, y lo mismo ocurre con nuestras opiniones, que a menudo podemos 'guardar para nosotros mismos' por buenas razones de contexto.

Ello significa que tenemos la capacidad de decir más, o menos, sobre un determinado hecho. Podemos describirlo en unas pocas proposiciones generales, o utilizar muchas proposiciones para caracterizar el suceso en forma detallada (y dar nuestras opiniones al respecto). Obviamente, tal variación puede estar limitada por el cuadrado ideológico de una manera obvia: hablar mucho de nuestras cosas buenas y sus cosas malas, y decir poco de nuestras cosas malas y sus cosas buenas.

Importancia. Los modelos, como la mayoría de los esquemas mentales, están organizados jerárquicamente: los hechos se componen por encima de proposiciones globales (macroestructuras), y de proposiciones más específicas debajo; por la misma razón, alguna información es importante y otra es menos importante, en términos conceptuales, en la representación global de un hecho. Dado que las personas pueden entender y, por lo tanto, formarse un modelo de cada suceso de manera diferente, también las estructuras jerárquicas de los sucesos pueden ser diferentes. De forma similar, por razones estratégicas ideológicas, tales diferencias de importancia pueden ser manipuladas en el significado del discurso: algunas proposiciones sólo aparecerán a un nivel más bajo de la microestructura, mientras que otras pueden funcionar como típicas macroproposiciones omnicomprendivas. Así, un 'disturbio racial' puede ser conceptualizado principalmente como un acto de 'violencia de las turbas de negros', tal como lo hacen los políticos y los medios de comunicación blancos y conservadores, o como una forma de 'resistencia urbana', tal como lo harían los radicales negros o blancos. La organización macroestructural de modelos (cómo se interpreta globalmente el hecho) influirá así en la tematización del discurso, y por lo tanto en su coherencia global y en lo que se presenta como información más importante o menos importante. Puede ocurrir lo mismo a un micronivel, donde la importancia puede traducirse en la estructura de las proposiciones (y luego de las cláusulas), como es el caso de una organización de tema y comentario o focalizada. A modo de estrategia, entonces, es previsible que la información favorable sobre/para Nosotros y desfavorable para Ellos sea construida como macroinformación importante o temática, y viceversa.

Pertinencia. La dimensión pragmática de pertinencia se refiere a la importancia utilitaria de la información para los usuarios (del lenguaje) o participantes, y por lo tanto está controlada por modelos de contexto. Determinada información importante puede ser incluso menos pertinente para los lectores o la audiencia, e inversamente, detalles sin importancia bien pueden ser pertinentes para ellos, si medimos la pertinencia en términos de la gravedad o el alcance de las consecuencias para los usuarios. Corrientemente, es previsible que en general Nuestros discursos

expresen informaciones y opiniones muy pertinentes para Nosotros, e irrelevantes para Ellos (y viceversa). Por ejemplo, las informaciones sobre el racismo blanco, aunque sean importantes, pueden parecer menos pertinentes a los editores de periódicos blancos, y merecer por lo tanto menos valor informativo, tal como efectivamente ocurre (van Dijk, 1991).

Implicitud/explicitud. La presencia o ausencia de información procedente de un modelo puede construirse semánticamente como su calidad explícita o implícita. Aquí es obvia la influencia del estratégico cuadrado ideológico: hace explícitas la información y las opiniones buenas para nosotros y malas para ellos, y viceversa. Nuevamente, esto puede ocurrir tanto al nivel global del discurso (como hemos visto en relación a Volumen) como al nivel de las palabras y oraciones.

Atribución. En contextos explicativos, los actos pueden atribuirse diversamente a actores, y explicarse en términos de sus propiedades o la situación (Antaki, 1988; Jaspars, Fincham y Hewstone, 1983). La agencia, responsabilidad y culpabilidad también pueden asignarse como una función de la orientación ideológica: las buenas acciones en general serán autoasignadas a nosotros mismos (o a nuestros aliados) y las malas acciones serán atribuidas a los otros (o a sus aliados); en ambos casos, a estos grupos se les asigna un total control y una total responsabilidad sobre sus actos. Lo contrario también es cierto respecto de nuestras malas acciones y sus buenas acciones: las nuestras serán mitigadas y atribuidas a circunstancias ajenas a nuestro control, y lo mismo es válido para sus buenas acciones ('sencillamente tuvieron suerte'). Estas múltiples estrategias de atribución pueden aparecer en todos los planos de descripción de las acciones, y también aparecen en el orden de las palabras (la agencia responsable suele ser expresada, preferentemente, por los sujetos gramaticales en posición inicial).

Perspectiva. La noción de 'posición' es inherente a las nociones de ideología, actitudes y las opiniones específicas basadas en ellas: los acontecimientos son descritos y valorados desde la posición, punto de vista o perspectiva del hablante. Esta perspectiva puede ser cultural, social, personal o situacional, y puede aplicarse a todos los niveles y dimensiones del discurso. Es decir, los juicios son por definición relativos, tal como lo sugiere un sinónimo de opinión como es el concepto de 'punto de vista'. Esto es verdad tanto para el punto de vista subjetivo del individuo como para la opinión compartida, inter-subjetiva de los miembros de un grupo. La perspectiva situacional se expresa, en primer lugar, mediante elementos vinculados al contexto: deícticos (pronombres, demostrativos y adverbios tales como 'aquí', 'ahora' y 'hoy'), verbos (como 'ir' y 'venir') o nombres vinculados

a la posición o las relaciones (tales como 'hogar', 'hermana' y 'vecino'), entre otras expresiones. La perspectiva personal corrientemente se pone de manifiesto en expresiones basadas en fórmulas tales como 'desde mi punto de vista', 'en mi opinión', o 'en lo que a mí respecta'. Las formas plurales de tales expresiones pueden indicar una perspectiva social ('desde nuestro punto de vista', etcétera), que sin embargo también puede expresarse simplemente por los pronombres de primera persona del plural, como en el bien conocido ejemplo etnocéntrico «Nosotros aquí no estamos acostumbrados a eso», empleado para expresar opiniones negativas sobre los actos de extranjeros. Un conocido eslogan que expresa una perspectiva sociopolítica (y geográfica), en este caso antiestadounidense, es por supuesto «*Yankee, go home!*». Implícitamente, este es también el caso del eslogan racista del Frente Nacional en Francia: «Los franceses primero», el cual por supuesto implica que la persona que habla es francesa.

En suma, dado un modelo mental de un hecho, y un modelo de contexto del acto comunicativo en curso, los principios estratégicos globales previamente analizados permiten a los hablantes expresar sus opiniones no sólo a través de palabras explícitamente valorativas, sino también de las siguientes maneras:

- La generalidad *versus* la especificidad, y la cantidad de proposiciones correspondientes a modelos que se emplean en la descripción de los hechos.
- El carácter explícito *versus* el carácter implícito de las proposiciones correspondientes a modelos.
- La importancia relativa asignada a unas proposiciones en relación a otras.
- La pertinencia contextual asignada a las proposiciones.
- La atribución de agencia, responsabilidad y culpa respecto a las acciones.
- La perspectiva desde la cual se describen y valoran los hechos.

Estas diferentes estrategias discursivas tienen varias funciones, tales como la de realzar la vivacidad de las descripciones o la credibilidad de los relatos; estas son especialmente importantes para nuestro análisis, al expresar la perspectiva ideológica y las opiniones de los grupos y de sus miembros. En cada uno de estos casos, pues, la estrategia se aplica a través del cuadrado ideológico: el tipo de descripción (general, explícita, etcétera) debe ser a nuestro favor, en nuestro interés, o de cualquier otra forma que contribuya positiva y persuasivamente a nuestra auto-presentación y a la manipulación de impresiones a nuestro favor, o bien, inversamente, que contribuya a la presentación negativa de nuestros adversarios, de enemigos o de los Otros en general.

Estructuras superficiales

En las secciones precedentes hemos prestado especial atención al trazado de opiniones e ideologías en las estructuras semánticas del discurso. Sin embargo, los significados se expresan a través de diversas `formas' o `estructuras de superficie', es decir, mediante elementos léxicos concretos, la estructura de las cláusulas y las oraciones, las categorías sintácticas, el orden de las palabras, la entonación del discurso, las estructuras gráficas y la organización de macroestructuras según esquemas canónicos, tales como los de la narración, la argumentación o la información periodística.

Muchas de las estructuras semánticas previamente analizadas, así como las opiniones que encarnan, deben pues inferirse de esas estructuras superficiales. Y no obstante, estas estructuras o formas también pueden desempeñar su propio papel en la expresión de opiniones. Entre otras maneras, lo hacen a través de la aplicación formal del cuadrado ideológico: es posible enfatizar o quitar énfasis a los significados, y por tanto a las opiniones, también por medio de sus formas de expresión: estos pueden expresarse al principio (por ejemplo, en el título), en la primera parte del texto (encabezamientos de las noticias), en posiciones temáticas (iniciales) de las oraciones, o a través de un complejo sistema de `figuras del habla' retóricas (repetición, paralelismo, metáfora, comparación, ironía, litotes, etcétera), o viceversa, en el caso de los significados/opiniones a los que se desea quitar énfasis. Aquí no iremos más lejos en la investigación de los detalles de estas estructuras de expresión de las opiniones, pero se debería tener en cuenta que muchas de las estrategias discursivas de las expresiones ideológicas son formales. A la inversa, en la comprensión de textos, estas estructuras expresivas influyen a su vez en la interpretación semántica y, por lo tanto, también en la construcción de modelos a partir de opiniones.

Un ejemplo

Por último, para ilustrarei análisis teórico aquí propuesto, estudiaremos con algún detalle cómo se expresan las ideologías y opiniones y cómo se combinan a distintos niveles en un característico `artículo de opinión', una nota editorial de *The Washington Post* firmada por Jim Hoagland:

GADAFI: ACTITUD SINIESTRA

[1] Hay un momento en el que un tirano cruza la línea de no retorno. En las garras de la megalomanía, es incapaz de hacer cálculos racionales de costo y beneficio. Empieza a atacar indiscriminadamente, furioso y asustado, resuelto a destruir aunque ello signifique que a él también le llegará la hora de la destrucción.

[2] En Iraq, Saddam Hussein cruzó esa línea en la primavera de 1990. Pero el mundo exterior le prestó muy poca atención hasta que el verano de ese mismo año invadió Kuwait. Ahora, el libio Muammar Gadafi ha franqueado esa línea. La comunidad internacional no debería repetir el error que cometió con Sadam.

[3] El pasado domingo, Gadafi invitó a los dos terroristas palestinos de peor fama del mundo, Ahmed Jabril y Abu Nidal, a visitar Trípoli, quizás para que establecieran allí su cuartel general. El líder libio dijo ante una muchedumbre vitoreante, en la ciudad de Azizia, que esas invitaciones se habían cursado para desafiar a las Naciones Unidas.

[4] Gadafi ha demostrado que ya no valora el manto de silencio y de consentimiento sobre su maldad que procuró comprar u obtener por extorsiones. Ha pasado al ataque, reconduciendo su larga confrontación con Occidente al punto de ruptura.

[5] Durante los últimos meses, los diplomáticos egipcios —temerosos del daño que Gadafi pudiera causar a su país— y los ejecutivos europeos de compañías petroleras, así como algunos abogados de Washington —cautivados por el lucro que Gadafi pudiera proporcionarles— han hablado de la nueva 'moderación' de Gadafi y han instado a la comunidad internacional a tratarlo con tolerancia y paciencia.

[6] Según aducían los abogados, este hombre estaba a punto de cambiar de bando con respecto al terrorismo. Según decían los egipcios, a este hombre se lo interpretaba mal y, en cualquier caso, representaba un mal menor frente a los fundamentalistas islámicos que habían declarado la guerra al régimen egipcio. Según pretendían los ejecutivos del petróleo, este hombre era además un líder con el que se podía hacer negocios en términos favorables.

[7] Sus peticiones de paciencia quedan ahora pulverizadas, cuando Gadafi ha vuelto a abrazar públicamente el terrorismo, tanto en palabras como en los hechos. Ha respondido con causticidad y amenazas a las suaves sanciones económicas implantadas a su régimen por el Consejo de Seguridad de la ONU.

[8] El Consejo de Seguridad ha solicitado a Gadafi la entrega de dos de sus edecanes para su juicio en el extranjero, acusados por Estados Unidos de haber cometido el atentado contra el Vuelo 103 de Pan Am del 21 de diciembre de 1988. Su negativa ha desencadenado sanciones tales como la restricción de vuelos a (y desde) Libia, y la congelación de los ingresos procedentes del petróleo libio depositados en bancos extranjeros.

[9] Informes de inteligencia vinculan a Jabril y su organización, Comando General, con la planificación de la masacre del vuelo Pan Am, que sesgó 270 vidas. Aunque no es claro el papel exacto de Jabril, la invitación hecha por Gadafi desenmascara la pretensión de que en este caso el dirigente libio estaría interesado en que se hiciera justicia.

[10] Tan siniestra como su invitación a los dos principales ejecutivos de Terror Inc. es la -presunta implicación de Gadafi en el secuestro, el pasado fin de semana en El Cairo, de Mansur Kikhiya, su antiguo ministro de Asuntos Exteriores, quien rompió con Gadafi a causa del terrorismo para convertirse en líder disidente, y también en un residente legal en Estados Unidos, pues estaba previsto que obtuviera la ciudadanía estadounidense el próximo año.

[11] Los compañeros de Kikhiya me contaron que este había partido hacia El Cairo de mala gana, y sólo tras recibir garantías personales de altos cargos

egipcios respecto a su seguridad. Kikhiya era consciente de la presencia de la policía secreta libia y de los esfuerzos realizados por el gobierno egipcio para proteger a Gadafi del castigo internacional, abogando contra las sanciones.

[12] Pero el 10 de diciembre, Kikhiya desapareció de la habitación de su hotel en El Cairo. Allí habían quedado la jeringa y la insulina que Kikhiya necesita recibir cada ocho horas para tratar su diabetes.

[13] Los huéspedes políticamente sensibles, como Kikhiya, rutinariamente se mantienen bajo la vigilancia de los servicios de inteligencia interior de Egipto. Su desaparición plantea la pregunta de la complicidad (o tolerancia) egipcia para con un complot libio destinado a eliminar al movimiento libio en el exilio. Este movimiento ha empezado a preocupar a Gadafi, quien tilda a los exilados de 'perros extraviados y esclavos del dólar.

[14] Gadafi está en una encrucijada similar a la que debió afrontar Sadam durante la primavera y el verano de 1990. Y también responde repartiendo golpes ciegos contra quienes pretendan frustrar sus planes, incluso al precio de poner en aprietos a un gobierno egipcio que lo ha defendido.

[15] Libia no está arrasada o gravemente debilitada por una larga guerra, como lo estaba Iraq. Pero Gadafi está cercado y en aprietos económicos a causa de las sanciones. Las sanciones muestran a la población libia que Gadafi no es el omnipotente y respetado líder que pretende ser.

[15] Antes de verse sumido en la impotencia, Sadam fue a la guerra. Gadafi no tiene un ejército de tierra para hacerlo. Pero sí tiene un ejército de terroristas internacionales, incluidos aquellos que ejecutaron sus órdenes de colocar la bomba en el Vuelo 103 de Pan Am, hace ahora exactamente cinco años.

[16] Abu Nidal también ha escogido los períodos de vacaciones de final de año religioso de cristianos y judíos como momentos privilegiados para sus atropellos terroristas. Sus hombres destrozaron los aeropuertos de Roma y de Viena en diciembre de 1985.

[18] No podemos saber si Gadafi simplemente ha recordado al mundo sus siniestras habilidades, o si anuncia nuevas atrocidades con su bienvenida pública a los terroristas. Pero él mismo ha advertido al mundo que debe ser vigilado y enfrentado nuevamente, después de una temporada de falsa paz.

Analizaremos ahora las estrategias valorativas e ideológicas de este artículo párrafo a párrafo, empezando por el título.

GADAFI: ACTITUD SINIESTRA

[GADHAFI: SINISTER POSTURING]

En este título, al igual que en el resto del texto, el principal blanco del ataque de Hoagland es, por supuesto, Gadafi, generalmente conocido como la encarnación del demonio para la política exterior conservadora de Estados Unidos (para más detalles, véase Chomsky, 1987). A nivel estructural, la importancia de Gadafi es realizada primero por su aparición en titulares, lo cual significa que él es el actor de una macroproposición. En segundo lugar, al colocar su nombre en primera posición en el título, se resalta

también su agencia y su responsabilidad mediante el verbo nominalizado «*posturing*», un efecto que sería menos notorio si esta oración estuviera redactada en el orden normal: «La siniestra actitud de Gadafi» [*The sinister posturing of Gadhafi*]. Luego, las opiniones negativas de Hoagland se expresan explícitamente a través de la elección de '*sinister*' y '*posturing*', al estar asociado el primer predicado con fuerzas secretas y oscuras, y el segundo con afectación y una pose, como si tuviera una boca muy grande pero en realidad no fuera nadie. Ambos predicados obviamente se entienden en el sentido político, y por lo tanto no expresan tanto la opinión personal de Hoagland como una valoración compartida en Estados Unidos de Gadafi. Además, *qué* hizo Gadafi no aparece tematizado en el título, sino sólo la *forma* en que lo hace, de tal modo que es la valoración en sí misma lo que así se resalta. En el sistema del cuadrado ideológico, este es un claro ejemplo de presentación negativa del otro, de enfatizar las propiedades negativas del otro.

[1] Hay un momento en el que un tirano cruza la línea de no retorno. En las garras de la megalomanía, es incapaz de hacer cálculos racionales de costo y beneficio. Empieza a atacar indiscriminadamente, furioso y asustado, resuelto a destruir aunque ello signifique que a él también le llegará la hora de la destrucción.

Las opiniones aquí expresadas se manifiestan ante todo en el estilo léxico, a saber, en palabras tales como *tirano*, *megalomanía*, *atacar indiscriminadamente*, *furioso* y *destruir*, todas ellas predicados de un dictador imaginario, pero que (después del título) claramente significan una descripción genérica que encaja con Gadafi. La valoración política se hace patente en la elección de *tirano*, que no sólo lo categoriza como antidemocrático, o incluso como un dictador, sino también como alguien que oprime con crueldad a su pueblo. Además, la elección de *tirano* forma parte de una larga tradición de descripciones orientalistas de los 'déspotas' de Oriente, también aplicada por ejemplo a Sadam Hussein, pero pocas veces a los dictadores 'occidentales', tales como Batista, en Cuba, Pinochet en Chile o Stroessner en Paraguay. Es decir, hay varios tipos de demonización, y lo más importante, el criterio político para la elección de los predicados de opinión es si los dictadores son 'nuestros' o 'suyos', de acuerdo con el principio ideológico según el cual nuestras cosas malas tienden a ser mitigadas y las suyas enfatizadas (véanse también Herman, 1992; Herman y Chomsky, 1988).

Otra expresión valorativa o 'línea de opinión' que retoma el uso de *posturing* en el título se da a través del término *megalomanía*. Nuevamente, Gadafi es descrito en forma negativa, como alguien que cree ser más de lo que es, pero ese término específico también implica una forma de deficiencia mental: es un lunático. Esta valoración personal como alguien que 'ha perdido la cabeza' también se manifiesta en la aserción de que Gadafi es

incapaz de hacer cálculos racionales, de que ataca indiscriminadamente, furioso y asustado, y es autodestructivo.

Así pues, si primero se sitúa políticamente a Gadafi fuera de los límites de la democracia y la humanidad, ahora se lo excluye también de `nuestro' mundo, de gente `sana'. Estas distintas valoraciones presuponen que Hoagland habla desde el punto de vista de las personas (o de los pueblos) occidentales, norteamericanas, racionales, democráticas... La recurrente polarización ideológica contrapone aquí a este grupo con el de sus principales enemigos, encarnación de las fuerzas antioccidentales, antiestadounidenses, antidemocráticas, etcétera.

En tercer lugar, Gadafi no es sólo un tirano (con su propio pueblo) y un lunático, sino también una amenaza, pues se afirma que está `resuelto a destruir', lo cual nos recuerda la pertinente perspectiva internacional ya consignada. Adviértase que la opinión sobre su calidad de amenaza no está expresada en sí misma, sino basada en una inferencia, es decir, procede de la opinión explícita de que él es destructivo, y del conocimiento implícito de que él es un jefe de Estado: los dictadores chiflados, violentos, son una amenaza para el mundo, como ya se sugirió previamente en este párrafo al emplear el concepto de `destrucción'.

Quizás lo más interesante del párrafo es la oración, aparentemente inocente, «aunque ello signifique que a él también le llegará la hora de la destrucción», ya que la dimensión internacional de la agresividad de Gadafi aquí parece que sugiere una legitimación de las represalias, según la máxima derivada de las ideologías militaristas: Nos está permitido destruir a alguien que está empeñado en destruirnos. Por supuesto, precisamente esa legitimación fue la que utilizó Reagan cuando la fuerza aérea de Estados Unidos bombardeó Trípoli algunos años atrás, matando a un gran número de civiles, entre ellos un hijo de Gadafi. En este caso, por cierto, la supuesta actitud de Gadafi —más que su capacidad de destrucción— se consideró una razón suficiente para atacar Trípoli.

[2] En Iraq, Sadam Hussein cruzó esa línea en la primavera de 1990. Pero el mundo exterior le prestó muy poca atención hasta que el verano de ese mismo año invadió Kuwait. Ahora, el libio Muammar Gadafi ha franqueado esa línea. La comunidad internacional no debería repetir el error que cometió con Sadam.

Como resulta previsible, un `tirano' como Gadafi invita a la comparación con otro demonio de la política exterior norteamericana: Sadam Hussein. La misma metáfora empleada en la guerra del Golfo (sobre la línea dibujada en la arena del desierto) se aplica ahora al caso de Libia, a fin de acentuar la similaridad de las amenazas planteadas por ambos dictadores a la comunidad internacional. La expresión «el mundo exterior le prestó muy poca atención» parece una aserción objetiva, pero de hecho implica una opinión, a saber, que según Hoagland el mundo exterior *deberla* haberle

prestado más atención, lo cual es una implicación normativa, como queda también claro en la última oración de este párrafo («no debería repetir el error»). Aquí tenemos un característico acto de habla de recomendación, que es una parte estereotipada de los artículos de opinión y editoriales: después de analizar lo que está mal (una opinión), el artículo concluye con lo que debería hacerse, lo cual es también, semánticamente, una opinión, y en el plano pragmático, un acto de advertencia o de recomendación.

[3] El pasado domingo, Gadafi invitó a los dos terroristas palestinos de peor fama del mundo, Ahmed Jabril y Abu Nidal, a visitar Trípoli, quizás para que establecieran allí su cuartel general. El líder libio dijo ante una muchedumbre vitoreante, en la ciudad de Azizia, que esas invitaciones se habían cursado para desafiar a las Naciones Unidas.

Después de la introducción valorativa del editorial, encontramos aquí los 'hechos' de valor informativo que constituyen la causa inmediata o el 'pretexto' de la opinión, a saber, la invitación de Gadafi a los dos palestinos. La valoración implícita en la expresión *de peor fama* aplicada a *terroristas* es moneda cotidiana, y forma parte de la coherencia global de opinión del artículo, que representa fragmentos de la actitud de Hoagland y muchos otros de sus colegas sobre el conflicto de Oriente Medio. La última oración de este párrafo es más interesante. Se presenta como una aserción objetiva, y no como una opinión, y como tal puede ser cierta o falsa; los criterios de verdad son no-subjetivos (aunque puede haber alguna discusión sobre cuándo un grupo de personas es una 'muchedumbre' y cuándo su actitud se considera 'vitoreante'). Ciertamente, Gadafi podría haberdesafiado a las Naciones Unidas, pero puede existir alguna duda sobre si Gadafi dijo eso en realidad, y precisamente de esa forma. Sin embargo, dada la autoridad de la ONU, desafiar a la ONU normalmente serra un acto negativo (aunque Estados Unidos mismo desafíe muchas veces las resoluciones de la ONU). Ello significa que, al afirmarlo, puede haber al menos una opinión implícita, basada en la generalizada creencia valorativa de que desafiar a instituciones legítimas está mal. Esta descripción se vincula estrechamente con la anterior caracterización de Gadafi como un megalómano peligroso, y al mismo tiempo ofrece la 'prueba' de esa caracterización: alguien que desafía a la ONU debe ser agresivo y, también, debe ser estúpido.

[4] Gadafi ha demostrado que ya no valora el manto de silencio y de consentimiento sobre su maldad que procuró comprar u obtener por extorsiones. Ha pasado al ataque, reconduciendo su larga confrontación con Occidente al punto de ruptura.

Las opiniones son aquí muy explícitas, como es obvio en la forma normal de describir a los más terribles enemigos: ellos son el *mal*, al igual que en la mundialmente conocida descripción de la antigua URSS como

'imperio del mal', en palabras de Reagan. Mediante el uso de *extorsiones*, *ataque* y *confrontación* se recurre de forma similar al repertorio léxico diseñado para describir los actos del enemigo. Adviértase sin embargo que la opinión no implica solamente una valoración negativa de las agresiones. Existen muchas agresiones en el mundo sobre las cuales Jim Hoagland y *The Washington Post* habitualmente no escriben. El punto crucial, como también quedó expresado antes con el verbo *desafiar*, es que Gadafi se enfrenta a *Nosotros* en Occidente (y especialmente a *Nosotros* [Us], estadounidenses). Es decir, la polarización ideológica entre *Nosotros* y *Ellos* (o en este caso, entre *Nosotros* y *El*) se activa para influir en la organización de las opiniones en el artículo. Tal como predice la teoría, esto ocurre generalmente a través de actitudes negativas específicas en relación a los *Otros*, en este caso a `su' violencia y agresión en general, y a su terrorismo en particular. Hoagland sigue este guión valorativo estereotipado con bastante fidelidad.

[5] Durante los últimos meses, los diplomáticos egipcios —temerosos del daño que Gadafi pudiera causar a su país—y los ejecutivos europeos de compañías petroleras, así como algunos abogados de Washington —cautivados por el lucro que Gadafi pudiera proporcionarles—han hablado de la nueva 'moderación' de Gadafi y han instado a la comunidad internacional a tratarlo con tolerancia y paciencia.

El discurso de opinión de Hoagland se dirige ahora a quienes se muestran dispuestos a aceptar a Gadafi, y la elección de *cautivados por el lucro* implica que el tener demasiado apego a los beneficios se considera aquí negativamente —por supuesto, no porque esto sea acorde con los dogmas básicos del capitalismo, a los cuales tanto Hoagland como *The Washington Post* indudablemente se adscriben, sino porque ello significa hacer negocios con el enemigo. El uso de comillas en la descripción de Gadafi como `moderado' implica que Hoagland no está de acuerdo en absoluto con tal caracterización, como de hecho los anteriores epítetos de este artículo demuestran de un modo inequívoco. Aquí parece aplicarse la antigua regla de que los amigos de nuestros enemigos son también nuestros enemigos, de modo que los ejecutivos petroleros y los abogados son valorados en este caso según dicha regla.

[6] Según aducían los abogados, este hombre estaba a punto de cambiar de bando con respecto al terrorismo. Según decían los egipcios, a este hombre se lo interpretaba mal y, en cualquier caso, representaba un mal menor frente a los fundamentalistas islámicos que habían declarado la guerra al régimen egipcio. Según pretendían los ejecutivos del petróleo, este hombre era además un líder con el que se podía hacer negocios en términos favorables.

Se retoman aquí los argumentos de quienes tienen una visión menos negativa de Gadafi, pero otra vez la lexicalización de estos argumentos parece no implicar acuerdo. El uso de los verbos *aducían* y *pretendían* así lo sugiere, mientras que la expresión *este hombre estaba a punto de cambiar de bando con respecto al terrorismo* revela las serias dudas de Hoagland sobre el cambio de Gadafi. El paralelismo retórico de las estructuras de oraciones de este párrafo acentúa aún más esta duda sobre las pretensiones de aquellos a quienes Hoagland critica. Para nuestro análisis, es interesante el hecho de que las opiniones también aparecen cuando se valoran las opiniones de los otros.

[7] Sus peticiones de paciencia quedan ahora pulverizadas, cuando Gadafi ha vuelto a abrazar públicamente el terrorismo, tanto en palabras como en los hechos. Ha respondido con causticidad y amenazas a las suaves sanciones económicas implantadas a su régimen por el Consejo de Seguridad de la ONU.

Este párrafo da soporte al escepticismo de Hoagland: una nueva enumeración de los males de Gadafi se utiliza para desmentir a aquellos que quisieran apaciguarlo: *abrazar el terrorismo, causticidad y amenazas*. Estas opiniones encajan en la caracterización global negativa de Gadafi como un peligroso terrorista. A la luz de una opinión semejante, ser suave o paciente se considerará una respuesta claramente inadecuada. Esto es interesante para nuestro análisis, porque muestra que las palabras que habitualmente implican opiniones positivas se utilizan aquí de un modo crítico.

[8] El Consejo de Seguridad ha solicitado a Gadafi la entrega de dos de sus edecanes para su juicio en el extranjero, acusados por Estados Unidos de haber cometido el atentado contra el Vuelo 103 de Pan Am del 21 de diciembre de 1988. Su negativa ha desencadenado sanciones tales como la restricción de vuelos a (y desde) Libia, y la congelación de los ingresos procedentes del petróleo libio depositados en bancos extranjeros.

Estas aserciones objetivas únicamente parecen explicar los antecedentes históricos de las (suaves) sanciones económicas contra Libia, y no expresan explícitamente opiniones. No obstante, la mención del hecho de que Gadafi es acusado de colocar una bomba en un avión es acorde con la calificación previa de Gadafi como terrorista (y la sostiene), mientras que la referencia a su negativa a obedecer las exigencias del Consejo de Seguridad es una especificación de la descripción valorativa previa de desafío. En otras palabras, las aserciones objetivas sobre acciones negativas (colocar una bomba en un avión) quizás no expresen una opinión, pero sugieren firmemente una opinión, que en este caso podría ser la del lector. Además, las aserciones objetivas pueden servir de apoyo a las aserciones de opinión:

colocar una bomba en una avión es una forma de terrorismo, y negarse a obedecer las exigencias de la comunidad internacional (y especialmente de Estados Unidos), una forma de megalomanía.

[9] Informes de inteligencia vinculan a Jabril y su organización, Comando General, con la planificación de la masacre del vuelo Pan Am, que sesgó 270 vidas. Aunque no es claro el papel exacto de Jabril, la invitación hecha por Gadafi desenmascara la pretensión de que en este caso el dirigente libio estaría interesado en que se hiciera justicia.

Aquí se ofrece una descripción negativa de los `hechos' similar, aplicada ahora a otro enemigo, Jabril; la elección de *masacre* y de *sesgó 270 vidas* sin duda está regida por una opinión claramente negativa. Adviértase también el uso de la paralipsis: «*Aunque no es claro el papel exacto de Jabril*», que mantiene cierta distancia periodística en relación a las pruebas de los informes de inteligencia, pero también sugiere que lo siguiente se valora en forma negativa.

[10] Tan siniestra como su invitación a los dos principales ejecutivos de Terror Inc. es la presunta implicación de Gadafi en el secuestro, el pasado fin de semana en El Cairo, de Mansur Kikhiya, su antiguo ministro de Asuntos Exteriores, quien rompió con Gadafi a causa del terrorismo para convertirse en líder disidente, y también en un residente legal en Estados Unidos, pues estaba previsto que obtuviera la ciudadanía estadounidense el próximo año.

La palabra clave del título, *siniestra*, aparece otra vez para calificar las acciones de Gadafi como aciagas y amenazadoras, juntamente con el resto de su retrato de terrorista. El cuadro se completa aquí con la (presunta) implicación de Gadafi en el secuestro de un antiguo colaborador. Invitar a dos terroristas, y que estos sean los más importantes de todos, es en sí mismo un acto negativo; llamarlo `siniestro' sólo sirve para añadir énfasis a la cuestión. Para marcar la habitual articulación Nosotros contra Ellos del discurso ideológico, Kikhiya es elevado ahora al estatus de disidente: los enemigos de nuestros enemigos se convierten en nuestros amigos y pueden ser reconocidos como ciudadanos. En otras palabras, Gadafi no sólo es sospechoso de secuestrar a un antiguo colaborador suyo (en realidad, ¿por qué ello sería significativo para `Nosotros?'), sino del secuestro de un (próximo) ciudadano estadounidense y, por tanto, de atacar a Estados Unidos.

[12] Los compañeros de Kikhiya me contaron que este había partido hacia El Cairo de mala gana, y sólo tras recibir garantías personales de altos cargos egipcios respecto a su seguridad. Kikhiya era consciente de la presencia de la policía secreta libia y de los esfuerzos realizados por el gobierno egipcio para proteger a Gadafi del castigo internacional, abogando contra las sanciones.

[12] Pero el 10 de diciembre, Kikhiya desapareció de la habitación de su hotel en El Cairo. Allí habían quedado la jeringa y la insulina que Kikhiya necesita recibir cada ocho horas para tratar su diabetes.

La única expresión de opinión en estos dos párrafos puede ser la referencia a la 'policía secreta libia': sólo las dictaduras tienen una policía secreta, de modo que Libia es una dictadura. Adviértase también la referencia a una fuente, un recurso muy poco habitual en un artículo de opinión, pero que aquí es estratégicamente efectivo para hacer más creíbles las acusaciones. También es indirecta la referencia a Kikhiya, definido como un paciente que necesita tomar regularmente una medicación, pero que ha dejado su remedio en la habitación del hotel, lo cual sugiere que debe haber sido secuestrado. Esta 'prueba' del rapto resalta al mismo tiempo las características negativas de los Otros: incluso raptan a hombres enfermos y no les dan sus medicaciones.

[13] Los huéspedes políticamente sensibles, como Kikhiya, rutinariamente se mantienen bajo la vigilancia de los servicios de inteligencia interior de Egipto. Su desaparición plantea la pregunta de la complicidad (o tolerancia) egipcia para con un complot libio destinado a eliminar al movimiento libio en el exilio. Este movimiento ha empezado a preocupar a Gadafi, quien tilda a los exilados de 'perros extraviados y esclavos del dólar. Adviértase que las fuerzas de seguridad de 'nuestro amigo' Egipto no son llamadas 'policía secreta', sino 'servicios de inteligencia interior', diferenciando así léxicamente a quienes están asociados a Nosotros de quienes están asociados a Ellos. El uso de *tilda* en la última oración implica que Hoagland no está de acuerdo con la forma en que Gadafi describe a sus adversarios, y la naturaleza de la descripción es en sí misma tan ridícula que basta sólo con mencionarla para calificarla. El hecho de que Gadafi llame a los exilados 'esclavos del dólar' exacerba aún más la polarización entre Nosotros y Ellos, dado que 'dólares' está asociado a Occidente y a Estados Unidos.

[14] Gadafi está en una encrucijada similar a la que debió afrontar Sadam durante la primavera y el verano de 1990. Y también responde repartiendo golpes ciegos contra quienes pretenden frustrar sus planes, incluso al precio de poner en aprietos a un gobierno egipcio que lo ha defendido.

[15] Libia no está arrasada o gravemente debilitada por una larga guerra, como lo estaba Iraq. Pero Gadafi está cercado y en aprietos económicos a causa de las sanciones. Las sanciones muestran a la población libia que Gadafi no es el omnipotente y respetado líder que pretende ser.

El párrafo [14] parafrasea anteriores pasajes del texto, recurriendo a la misma comparación con Sadam Hussein, mientras que *repartiendo golpes*

ciegos continúa la frase «atacar indiscriminadamente, furioso y asustado», empleada en el primer párrafo; ambas tienen implicaciones negativas. La opinión de final del párrafo [15] es compleja e interesante. El uso del verbo «muestran» implica que el hablante considera cierta la proposición, de tal modo que Gadafi en realidad *no* es omnipotente ni es respetado por su pueblo (por lo tanto, es un dictador).

De manera similar, también se legitima el recurso a las sanciones, ya que estas dañan más a Gadafi que a su pueblo, lo cual es una opinión indirecta.

[16] Antes de verse sumido en la impotencia, Sadam fue a la guerra. Gadafi no tiene un ejército de tierra para hacerlo. Pero sí tiene un ejército de terroristas internacionales, incluidos aquellos que ejecutaron sus órdenes de colocar la bomba en el Vuelo 103 de Pan Am, hace ahora exactamente cinco años.

[17] Abu Nidal también ha escogido los períodos de vacaciones de final de año religioso de cristianos y judíos como momentos privilegiados para sus atropellos terroristas. Sus hombres destrozaron los aeropuertos de Roma y de Viena en diciembre de 1985.

Aunque Sadam Hussein y Gadafi son incomparables en aspectos militares, Gadafi compensa la diferencia con su «ejército de terroristas» y mediante el control de la colocación de la bomba en el vuelo 103 de Pan Am. Aquello que previamente aparecía en el texto como una acusación de Estados Unidos sobre la implicación de Gadafi, se presenta aquí como un hecho. Como antes, dado que Gadafi se asocia con el terrorista Abu Nidal, él mismo es también un terrorista. Y aunque estos ejemplos apenas expresen opiniones explícitas, la descripción de las personas vinculadas a él como 'terroristas' y de sus acciones como 'atropellos terroristas' revelan claramente una valoración negativa.

[18] No podemos saber si Gadafi simplemente ha recordado al mundo sus siniestras habilidades, o si anuncia nuevas atrocidades con su bienvenida pública a los terroristas. Pero él mismo ha advertido al mundo que debe ser vigilado y enfrentado nuevamente, después de una temporada de falsa paz.

En este párrafo de conclusión vuelve a emplearse la descripción valorativa *siniestras*, mientras que *atrocidades* sigue en la línea de las descripciones negativas de los actos de Gadafi. La misma recomendación final (*que debe ser vigilado*) por supuesto está basada en las normas y los valores que informan este artículo, y es por lo tanto una opinión política. Incluso el concepto positivo de 'paz', asociado a Gadafi, puede convertirse en 'falsa paz', haciendo que Gadafi resulte poco fiable aun cuando permanezca tranquilo: nunca se podrá confiar en él.

Observaciones finales

Después de haber comentado brevemente los diversos tipos de expresiones de opinión en un típico artículo editorial de la prensa conservadora estadounidense, podemos intentar por último resumir nuestras observaciones más analíticamente, a la luz del esquema teórico previo:

Polarización. Las opiniones pueden estar organizadas según una pauta ideológica que polariza al propio grupo y los grupos ajenos, Nosotros contra Ellos. Este principio también tiene cierto número de corolarios en forma de máximas, tales como: 'El enemigo de nuestro enemigo es nuestro amigo'. En este caso, la dualidad ideológica básica es la bien conocida oposición entre la superioridad occidental y la inferioridad árabe, en la que *Nosotros* aparece asociado con valores positivos tales como democracia, racionalidad y no violencia, y *Ellos* con dictadura, violencia e irracionalidad. Más específicamente, la ideología de la inferioridad árabe se centra aquí en las actitudes respecto al terrorismo, organizando una serie de opiniones socialmente compartidas sobre varios aspectos del terrorismo y sus guiones conexos (tales como colocación de bombas, secuestros, asesinatos de personas inocentes, etcétera). Además, según la lógica de las relaciones grupo-propio/grupos-ajenos, los Otros se presentan también como una Amenaza.

Coherencia de opinión. La aplicación de esta actitud general puede dar lugar a opiniones específicas sobre terroristas específicos (Gadafi, Nidal, Jabril). Juntamente con los guiones sobre ataques terroristas y raptos de adversarios políticos, esta instanciación de una actitud también corrobora lo que hemos denominado la 'coherencia de opinión' del discurso, por cuanto se habla de varios aspectos del terrorismo.

Atribución. Las atribuciones de acciones negativas a nuestros enemigos requieren la descripción de nuestros enemigos como agentes responsables, conocedores de manera consciente, intencional y cínica de sus acciones y de las consecuencias de estas, aún cuando tales acciones puedan ser al mismo tiempo tildadas de irracionales o incluso de locas. Por otra parte, entre nosotros, quienes se muestran demasiado amistosos con respecto a nuestros enemigos, no se dan cuenta plenamente de lo que hacen y, por lo tanto, es preciso advertirles que corrijan sus errores.

Descripción. Las descripciones que identifican a grupos o instituciones vinculados a Nosotros y a Ellos también siguen el principio de polarización ideológica. Así, Sus fuerzas de seguridad son denominadas 'policía secreta', mientras que las Nuestras son una 'agencia de inteligencia'.

Interés. Las opiniones positivas o negativas acerca de Nuestras o Sus acciones siguen básicamente una lógica valorativa basada en una construcción que define Nuestros mejores intereses. Así, la `actitud' de Gadafi no se juzga primariamente como mala en sí misma (en realidad, muchos de nuestros amigos hacen lo mismo, como por ejemplo Israel), sino que es mala porque se la considera una amenaza para nuestros intereses (de Estados Unidos, occidentales) en el mundo.

Implicitud. Las opiniones pueden ser explícitas o implícitas, directas e indirectas. Algunas opiniones de este artículo editorial pueden derivarse de una combinación de aseveraciones objetivas con normas, valores y posiciones del autor. Por ejemplo «cruzar una línea» no es, como tal, un predicado valorativo, pero en el presente contexto expresa la opinión de que Gadafi ha llegado demasiado lejos. De forma similar, la descripción objetiva de acciones terroristas (tales como poner una bomba en un avión) no expresa una opinión, sino actitudes sociales compartidas respecto de tales acciones, las cuales permiten a los lectores derivar las opiniones oportunas.

Meta-opiniones. Las opiniones pueden ser opiniones sobre otras opiniones. Así, las opiniones (demasiado) positivas sobre nuestros enemigos son descalificadas (por moderadas, suaves). Asimismo, las opiniones pueden aplicarse a los actos de habla de otros: por ejemplo, las dudas sobre el contenido de las aseveraciones de otros pueden expresarse al desacreditarlas como simples `pretensiones' o `propuestas'.

Expresión. La expresión de opiniones puede intensificarse recurriendo a varios procedimientos estilísticos y retóricos. Las palabras que describen actos negativos pueden tomarse del repertorio de la salud mental, describiendo a los adversarios como irracionales, lunáticos o megalómanos. Otra estrategia es comparar al enemigo elegido con otro, un enemigo certificado; por ejemplo, a Gadafi con Sadam Hussein, a Sadam Hussein con Hitler y a todos ellos con diablos y demonios. Las caracterizaciones negativas se intensifican así a través de contrastes retóricos: oponiendo las acciones negativas de Ellos a las positivas de Nosotros (por ejemplo, las suaves sanciones de la ONU se contraponen a la actitud siniestra y las amenazas de guerra terrorista). Incluso las aliteraciones (*fury and fear*), los paralelismos y, en particular, la repetición léxica (*siniestra*) pueden dirigir la atención hacia opiniones específicas. De forma similar, las opiniones negativas sobre Ellos suelen ser detalladas, repetidas e ilustradas con ejemplos concretos. Así, el terrorismo de Gadafi, Jabril y Nidal se ilustra con las referencias a la bomba en el vuelo de Pan Am, el secuestro de un disidente libio, etcétera.

Omisiones. La información negativa y, en consecuencia, las opiniones

negativas sobre Nosotros, así como la autocrítica, pueden quedar completamente omitidas en la confrontación ideológica violenta. Gadafi no sólo es el mal absoluto, sino que Nosotros (Estados Unidos, Occidente, etcétera) somos el bien absoluto. No hemos hecho nada para provocar a Gadafi. De este modo, el bombardeo igualmente terrorista de Trípoli por la fuerza aérea estadounidense, que causó la muerte de niños inocentes, aquí ni siquiera se menciona, aunque indirectamente se hace alusión al mismo con una oración como «a él también le llegará la hora de la destrucción». Así pues, nuestros ataques a enemigos son siempre provocados y, por lo tanto, están justificados.

Argumentos. Las opiniones generalmente necesitan soporte. Es decir, van precedidas o seguidas de una serie de aserciones que las hacen más plausibles mediante varias reglas de inferencia, basadas en actitudes y valores. De forma similar, las posibles opiniones negativas sobre nosotros son atajadas anticipadamente por contra-argumentos implícitos opuestos a tales opiniones. Las opiniones de los artículos editoriales y de opinión a menudo se formulan para dar soporte valorativo a un acto de habla de advertencia, de aviso o de recomendación, el cual define el punto pragmático o conclusión del artículo de opinión.

El recurso a la Historia. Las opiniones ideológicas invocan y ocultan selectivamente la Historia. Así, el terrorismo está presente como un mal eterno. No se da ningún antecedente o explicación de Su violencia contra Nosotros, ni se hace ninguna referencia al conflicto de Oriente Medio, ni siquiera una breve paralipsis sobre la difícil situación de los palestinos. Por otro lado, es necesario mostrar una continuidad histórica, de modo que también aprendamos de la Historia, por ejemplo en la referencia a la guerra del Golfo y a Sadam Hussein. De manera similar, en un plano más cultural, es necesario mantener la continuidad de la presentación de los árabes como el enemigo de Occidente, describiéndolos en términos de opiniones ideológicas que forman parte de una larga tradición 'orientalista' de superioridad occidental e inferioridad árabe.

Hemos resumido los resultados de nuestro análisis en términos de un número de mecanismos bastante específicos, característicos de la expresión de las ideologías subyacentes a los artículos de opinión. Estos mecanismos en general realizan la principal estrategia global del discurso ideológico, a saber: la de auto-presentación positiva y presentación negativa de los otros. Al mismo tiempo, las estructuras discursivas implicadas nos permiten observar 'en la superficie' una parte de la trayectoria subyacente que vincula las ideologías al discurso; por ejemplo, los valores incluidos en las aserciones ideológicas, su polarización, su concreción en actitudes

características de determinados campos (en este caso la política internacional), su influencia en modelos específicos sobre hechos y participantes específicos (qué hizo Gadafi) y las formas en que estos se presentan como una función de un modelo de contexto (de lo escrito por Hoagland para *The Washington Post*, dirigido en particular a ciudadanos estadounidenses y, más específicamente, a los políticos y otras élites de Estados Unidos, tales como los hombres de negocios).

Sugerencias para el análisis ideológico

No existe una única forma normalizada de hacer análisis crítico del discurso, ni de hacer análisis ideológicos de editoriales u otros tipos de texto y habla. Sin embargo, a partir de lo estudiado aquí y de nuestros trabajos anteriores se derivan algunas sugerencias prácticas para hacer análisis ideológicos:

1. **Antecedentes.** No es posible hacer ningún análisis ideológico serio sin tener al menos algún conocimiento de los `hechos', es decir, del trasfondo histórico, político o social de un conflicto, sus principales participantes, las causas del conflicto y las posiciones y argumentos que lo precedieron. Muchos mecanismos ideológicos implican precisamente la utilización y el abuso de los `hechos' en interés propio.

2. **Contexto.** A fin de comprender la posición ideológica del autor (escritor o hablante) es necesario describir el contexto comunicativo: el grupo(s) al que pertenece el autor, los fines del acto comunicativo, el género, la audiencia(s) a la que se dirige, el marco (fecha, situación), el medio de comunicación, etcétera. A través de las circunstancias del contexto o de las funciones del discurso también pueden explicarse minuciosamente sus funciones ideológicas. Por ejemplo, un editorial puede funcionar como una crítica y advertencia a grupos o instituciones específicos (con frecuencia de élite), y por tanto puede implicar relaciones (de poder) entre los medios de comunicación y sus redactores por una parte, y esos distintos grupos por otra. Este contexto también define la dimensión ideológica de los actos de habla implicados (por ejemplo, las advertencias como un medio de ejercer el poder).

3. **Categorías ideológicas.** Las ideologías son los `axiomas' básicos de las representaciones socialmente compartidas de los grupos respecto de sí mismos y de sus relaciones con otros grupos, incluyendo categorías tales como los criterios de pertenencia, las actividades, los objetivos, los valores y los cruciales recursos del grupo. Procure localizar en el texto

expresiones referidas a esas *categorías* básicas que definen los *intereses* y la *identidad* del grupo al que pertenece el autor.

4. Polarización. Muchas ideologías mantienen y reproducen los conflictos, la dominación y las desigualdades sociales. Estos conflictos pueden afectar a cualesquiera de los intereses antes mencionados (típicamente, de recursos simbólicos o materiales), y característicamente están organizados de una manera polarizada, representada como Nosotros contra Ellos. Esta polarización está en la base de muchos discursos ideológicos, como por ejemplo en la estrategia de auto-presentación Positiva y presentación Negativa del otro. Puesto que las ideologías implican valores, en general emergen a la superficie como creencias valorativas u opiniones. Busque en el texto todas las *opiniones* que activan tal *valoración polarizada* entre Nosotros y Ellos. No es necesario tener mucha experiencia en análisis de discurso para realizar esta 'lectura' ideológica del texto.

5. Lo implícito. Las opiniones ideológicas, con todo, no siempre se expresan de una forma muy explícita. Es decir, con mucha frecuencia estas son implícitas, presupuestas, ocultas, negadas o dadas por sentadas. Por lo tanto es preciso estudiar de un modo más sistemático la *estructura semántica* del texto, como ya hemos visto, para observar diversas formas de inferencia, expresión indirecta o negación. De hecho, las descripciones de 'sucesos' aparentemente no valorativas, no ideológicas, pueden implicar opiniones positivas sobre Nosotros y opiniones negativas sobre Ellos. También puede formar parte de esta manifestación implícita de ideología la manera en que las oraciones del discurso constituyen un conjunto coherente indica qué opinión (por ejemplo, sobre bases de causalidad). Asimismo, la coherencia global del discurso en términos de temas o cuestiones indica qué información (y qué opiniones ideológicas) se juzga de mayor o menor importancia, reflejando así las estructuras de las ideologías, actitudes y modelos mentales ideológicos subyacentes.

4. Estructuras formales. Indirectamente, la expresión o señalización de posiciones ideológicas también puede afectar a las distintas formas de un discurso. También aquí se aplica el cuadrado ideológico de polarización: las características estructurales tanto pueden resaltar como mitigar información u opiniones sobre Nosotros y Ellos. Las estructuras de sonido en el habla (por ejemplo: la entonación, el acento, el volumen, el 'tono', los aplausos, las risas); las estructuras gráficas en el texto impreso (titulares, columnas, colocación, tipo de letra, fotos, etcétera); la organización general (esquemática) del discurso (por ejemplo, la argumentación); la elección y las variaciones léxicas en la descripción de Nosotros contra Ellos, y la estructura sintáctica de las cláusulas y oraciones.

En suma: (a) investigar el contexto del discurso, (b) analizar qué grupos, qué relaciones de poder y qué conflictos están implicados, (c) buscar opiniones positivas y negativas acerca de Nosotros y de Ellos, (d) explicar detalladamente lo presupuesto y lo implicado, y (e) estudiar todas las estructuras formales que añaden o quitan énfasis a las opiniones de grupos polarizados.

Teun A. van Dijk es director del 'Program of Discourse Studies' de la Universidad de Amsterdam. Además de sus conocidas obras de lingüística, ha realizado múltiples investigaciones sobre la reproducción del discurso de las élites en los medios de comunicación y el racismo. Su último libro sobre este tema editado en castellano es Prensa, racismo y poder (México, 1994).

48

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Antaki, Charles (Ed.) (1988). *Analysing everyday explanation: a casebook of methods*. Sage, Londres.
- Billig, Michael (1988). «The notion of 'prejudice'. Some rhetorical and ideological aspects». *Text*, 8, 91-110.
- CCCS (Centre for Contemporary Cultural Studies) (1978). *On ideology*. Hutchinson, Londres.
- Chomsky, Noam (1987). *Pirates and emperors. International terrorism in the real world*. Black Rose Books, Montreal.
- Eagleton, Terry (1991). *ideology. An introduction*. Verso Eds, Londres.
- Eagly, Alice H.; Shelley Chaiken (1993). *The psychology of attitudes*. Harcourt Brace Jovanovich, Orlando.
- Fiske, Susan T.; Shelley E. Taylor. 1991. *Social cognition*. McGraw-Hill, Nueva York.
- Fowler, Roger (1991). *Language in the news. Discourse and ideology in the press*. Routledge, Londres.
- Herman, Edward S. (1992). *Beyond hypocrisy. Decoding the news in an age of propaganda*. Incluye: *A doublespeak dictionary for the 1990s*. Ilustraciones by Matt Wuerker. South End Press, Boston, MA.
- Herman, Edward S.; Noam Chomsky (1988). *Manufacturing consent. The political economy of the mass media*. Pantheon Books, Nueva York.
- Jaspars, Jos; Frank D. Fincham; Miles Hewstone (Eds.) (1983). *Attribution theory and research: Conceptual, developmental and social dimensions*. Academic Press, Londres.
- Johnson-Laird, Philip N. (1983). *Mental models*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Knorr-Cetina, K.; Aaron V. Cicourel (Eds.) (1981). *Advances in social theory and methodology. Towards an integration of micro and macrosociologies*. Routledge & Kegan Paul, Londres.
- Kornblith, Hilary (Ed.) (1994). *Naturalizing epistemology*. MIT Press, Cambridge, MA.
- Larrain, Jorge (1979) *The concept of ideology*. Hutchinson, Londres.
- Lau, Richard R.; David O. Sears (Eds.) (1986). *Political cognition*. Erlbaum, Hillsdale, NJ.
- Lehrer, Keith (1990). *Theory of knowledge*. Routledge, Londres.
- Tedeschi, J.T. (Ed.) (1981). *Impression management. Theory and social psychological research*. Academic Press, Nueva York.
- Thompson, John B. (1984). *Studies in the theory of ideology*. University of California Press, Berkeley, CA.
- (1990). *Ideology and modern culture: critical social theory in the era of mass communication*. Stanford University Press.

- van Dijk, Teun A. (1977). *Text and context. Explorations in the semantics and pragmatics of discourse*. Longman, Londres.
- (1984). *Prejudice in discourse*. Benjamins, Amsterdam.
- (1985). «Semantic discourse analysis». En: van Dijk (Ed.) *Handbook of Discourse Analysis*, vol.2, pp. 103-136. Academic Press, Londres.
- (1987a). *Communicating racism: Ethnic prejudice in thought and talk*. Sage Publications, Inc., Newbury Park, CA.
- (1987b). «Episodic models in discourse processing» En: Rosalind Horowitz; S. Jay Samuels (Eds.), *Comprehending oral and written language*; pp.161-196. Academic Press, San Diego, CA.
- (1988a). *News as discourse*. Lawrence Erlbaum Associates, Inc., Hillsdale, NJ.
- (1988b). *News Analysis. Case studies of international and national news in the press*. Erlbaum, Hillsdale, NJ.
- (1991). *Racism and the press*. Roudedge, Londres.
- 1993). *Elite discourse and racism*. Sage Publications, Inc., Newbury Park.
- (1995). «Discourse semantics and ideology». *Discourse & Society*, 6 (2), 243-289.
- van Dijk, Teun A.; Kintsch, W. (1983). *Strategies of discourse comprehension*. Academic Press, Nueva York.
- van Oostendorp, Herre; Rolf A. Zwaan (Eds.) (1994). *Naturalistic Text Comprehension*. Ablex, Norwood, NJ.